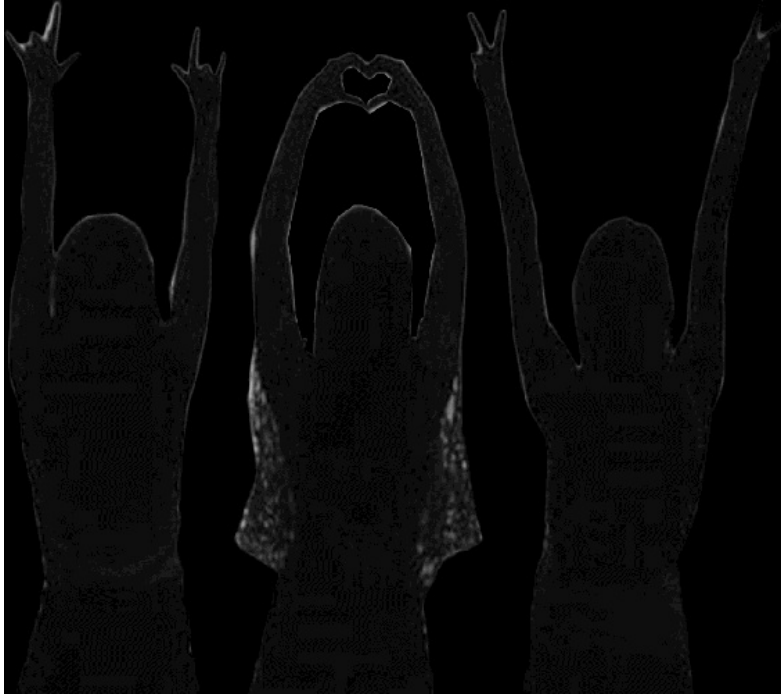


ANTOLOGIA

Destino  
austral

YAMILA BIANQUERI

**Antología**  
**Destino Austral**



**Yamila Bianqueri**

@YamilaBianqueri  
Destino austral- Argentina 2019

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

©Diseño de portada: Victoria Ahier  
©Corrección: Emma Sheridan  
©Maquetación: Isaboth  
Derechos exclusivos de Yamila Bianqueri®  
Prohibida su copia sin autorización.  
@2019

## INDICE

[Diciembre en el fin del mundo](#)

[Tú me robaste el corazón](#)

[Eres mi cielo](#)

[El reencuentro](#)

[Un sueño hecho realidad](#)

[Agradecimientos](#)

[Biografía](#)

## **Dedicatoria:**

Para vos que me cuidás desde donde sea que estés. Por siempre en mí, viejita.

Una antología dedicada al amor.

En cada uno de sus relatos podemos encontrar, el amor de pareja, el amor de los amigos, el amor a los hijos, en fin, simplemente hallamos en cada una de sus páginas al amor.

Encontramos a la vida misma, ¿porque cuando a una se le rompe el corazón quienes son los que nos consuelan? Los amigos.

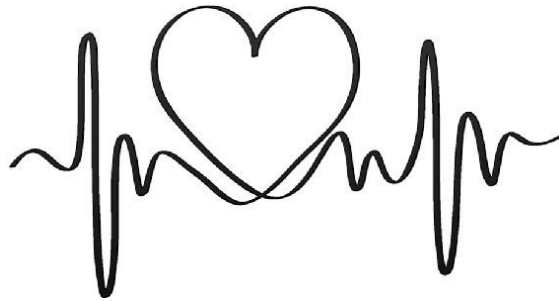
Cuando necesitamos refugiarnos para entender que fue lo que pasó, repararnos y resurgir como el ave fénix, lo hacemos en nuestros amigos.

Aquí encontramos la historia de tres amigas, que tanto en las malas como así también en las buenas están ahí para apoyarse. A veces siendo un mudo testigo de las desdichas, otras compartiendo alegrías.

Sus aprendizajes pueden ser los tuyos, los míos, los de cualquiera. Porque eso es la vida, ¿o no? Una fuente constante de sabiduría que nos impone el destino. Estás tres protagonistas lo saben y quieren que tú también lo sepas.

Marisa Citeroni

## Diciembre en el fin del mundo



Comenzaba la segunda quincena del mes de noviembre, cuando Morena y Ainara mantuvieron una conversación en la cual se proponían sacar a Saiana del pozo donde se ocultaba. No aguantaban ver cómo su amiga, la mujer que algún día había brillado, hoy era un fantasma, una sombra. En cambio, ella no quería saber nada de nadie, por una vez en su vida quería estar sola, esconderse y perderse en sus recuerdos de la mano de una botella de vodka. Lograr que no la molestaran era su principal objetivo. Según su forma de ver las cosas, había perdido todo, no le quedaba nada. La traición de su reciente exmarido la tenía devastada. Le habría entregado hasta su último aliento a cambio de que no llevara adelante esa estafa y sobre todo para que no la involucrara. Lamentablemente, ella no estaba al tanto de nada, por lo menos no lo estuvo hasta ese fatídico día. Su palabra ya no tenía más valor, su orgullo estaba dañado y su trabajo se había desvanecido. El castillo de ensueño que creía poseer se había venido abajo, al igual que las casitas de naipes al soplarlas.

Era consciente de que sus amigas querían ayudarla, pero el tema era que ella no quería recibir ese empujón. Definitivamente estaba convencida de que vivía mejor encerrada entre las paredes en las que algún día fue feliz.

Una de esas noches en las que se sintió extremadamente acorralada por los malos recuerdos, se dispuso a salir a caminar. No se fijó que era de madrugada, ni con qué se vistió; solo procuró cubrir su cuerpo, aún le quedaba un poco de pudor. Anduvo abstraída en su propio mundo vagando sin destino, como si eso borrara todo lo que había sucedido. Lamentablemente no fue así, esa noche no solo se arriesgó a todo tipo de peligros, sino que también puso en riesgo a los demás al cruzar una avenida con el semáforo en verde. Estaba tan borracha que no sintió nada, ni los gritos de la poca gente que andaba por las calles, ni las bocinas de los autos, y mucho menos, el golpe que recibió su cuerpo al ser embestido por una camioneta.

La ambulancia llegó al lugar e inmediatamente atendieron a la mujer que yacía inconsciente sobre el asfalto. Le colocaron un cuello ortopédico y la cargaron en una camilla para poder trasladarla al hospital más cercano. Al salir de su casa solo con lo puesto, Saiana no llevaba encima el teléfono celular, ni dinero, no había forma de que supieran quién era hasta que despertara y eso recién sucedió veinticuatro horas después del accidente.

Cuando abrió los ojos no entendía nada, se encontraba absolutamente desorientada y le dolían

hasta las uñas de los pies. Amenazada por las náuseas y el mareo que la atacaba trato de observar con atención todo lo que la rodeaba. Al descubrir que se hallaba en la habitación de un hospital quiso incorporarse, pero el fuerte dolor que martillaba su cráneo se lo impidió. Buscó tanteando con dificultad sobre la cama, hasta que dio con el botón para llamar a las enfermeras y lo presionó. Unos segundos después la habitación se llenó de gente. La revisaron, le hicieron una serie de pruebas y preguntas a las que pudo responder con bastante dificultad, y la dejaron descansar. A los pocos segundos cayó rendida, preguntándose por qué se encontraba en ese lugar.

Las enfermeras hicieron las anotaciones pertinentes en la historia clínica, que recientemente habían abierto para la paciente, y entre ellas comentaban sobre el estado en el cual ella había ingresado. No entendían cómo una mujer tan hermosa se dañaba a sí misma de esa forma.

Unas horas más tarde se detenían frente al mostrador de la recepción, un oficial de la policía, acompañado de dos mujeres absolutamente descontroladas a causa de los nervios. Estas le exigieron a la recepcionista, prácticamente a los gritos, que les informara dónde se encontraba la paciente Saiana López; alegando que ellas eran las únicas familiares que ella poseía. Esto le fue comunicado al médico que la estaba atendiendo y él se encargó de darle el parte a las mujeres que estaban creando un surco en el piso de la sala de espera.

Morena y Ainara escucharon atentamente las palabras que recitaba el doctor. Sus caras estaban tintadas por la angustia y el miedo que las inundaba. Jamás se esperaron que el pronóstico fuese tan malo. Su amiga no estaba nada bien. El impacto había dejado una secuela muy importante; Saiana tenía una conmoción cerebral. El médico les explicó que unas horas antes, cuando la paciente despertó, presentaba todos los síntomas y que la confirmación la habían obtenido al realizarle una tomografía computada. Lo favorable de esa situación era que por el momento, se descartaban daños mayores y por eso no era necesario realizar un drenaje cerebral. El hombre les pidió que se tranquilizaran y que confiaran en que su amiga se pondría bien, no sin antes advertirles que había probabilidades de que la paciente, por el momento, no volvería a ser la misma.

Efectivamente la advertencia que el médico les había hecho ese día, no había sido en vano. A Saiana le llevó semanas recuperarse físicamente. Poco a poco, se fueron desvaneciendo los cardenales del rostro, del torso y de los brazos. La incapacidad para despertar fue desapareciendo y el entumecimiento de sus extremidades se fue esfumando. El habla fue lo que más le costó mejorar, pero lo que más les agobiaba a las tres era el estrés postraumático que persistía en el tiempo. Saiana pasaba de la tristeza a los ataques de ira en un abrir y cerrar de ojos. Así como de repente llegaba la sensación de soledad, esta se iba y la inundaba la culpa; si bien ella no sabía el porqué de ese sentimiento, este estaba ahí.

El día del alta, al salir de la clínica, los recuerdos del accidente la golpearon con vigor. Sus piernas se tambalearon y estuvo a punto de caer, pero ahí estaban sus amigas para sostenerla y sacarla a flote.

Al entrar a su departamento, nuevamente la sensación de soledad la golpeó, seguía sin saber el porqué de la existencia de ese sentimiento y eso la perturbaba. A causa del estrés postraumático, Saiana tenía una pérdida de memoria a corto plazo y sus amigas, por recomendación del doctor, no debían apresurarla ni animarla a recuperar sus vivencias. Por eso le habían preparado una



sorpresa, la cual estaban a punto de darle.

—Sai, tenemos algo para decirte —comentó Ainara, nerviosa. La verdad era que no sabían cómo se iba a tomar todo eso.

—Sí ¿qué es lo que tienen que decir? —respondió indagando mientras tomaba asiento en el sofá de la sala de estar. Todo debía hacerlo con cuidado, ya que los movimientos exabruptos le provocaban ataques de vértigo.

—Ambas creemos que lo mejor es alejarte de la ciudad por unas semanas. Por eso, hace unos días, con autorización de tu médico, compramos tres pasajes aéreos con destino a Tierra del Fuego. ¡Mañana mismo partimos hacia Ushuaia o mejor dicho a la ciudad conocida mundialmente como la más austral del mundo o como el fin del mundo! —expuso Morena encogiéndose de hombros bajo la atenta mirada de su amiga. Saiana no podía creer lo que estaba escuchando.

—¿Ustedes se volvieron locas? ¿Cómo se les ocurre planear un viaje cuando yo estoy en estas condiciones tan deplorables? —sentenció con tono firme pero calmado.

Las otras dos se miraron entre ellas y después clavaron sus ojos en la mujer que las miraba incrédula.

—No estamos locas, querida amiga. Buscamos una forma de que te relajes y ese lugar es el sitio ideal. Ya te voy advirtiendo que no aceptamos un no como respuesta —afirmó, poniéndose de pie y extendiendo los brazos hacia las demás. Ellas se levantaron, se acercaron y aceptaron encantadas el abrazo grupal que se llevaba a cabo. Saiana seguía indecisa pero muy en el interior de su corazón sabía que sería lo mejor. No era capaz de despreciar todo lo que le daban, estaba más que segura de que sus pilares la cuidarían y la ayudarían a salir adelante.

Abrazadas caminaron hacia la habitación en la cual, entre charlas, risas y alguna que otra anécdota, comenzaron y finalizaron de armar las valijas para el tan inesperado viaje que harían.

El veinte de diciembre, las tres mujeres llegaron a Ushuaia, aquella ciudad que se ubicaba en las costas del *canal Beagle* rodeada por la cadena montañosa del *Martial*, en la *Bahía de Ushuaia*. Ese lugar contaba con un clima húmedo, aunque era tal la persistencia del frío que en pleno verano austral estaba nevando y la temperatura no superaba los cero grados.

El hotel donde se hospedaron era perfecto para la ocasión; no había ni muchos, ni pocos huéspedes. Estaba en una zona accesible para los turistas y no necesitarían manejarse en transporte público en el caso que quisieran salir. Ya instaladas en su habitación se dedicaron a descansar para luego, ducharse y bajar al restaurante a cenar.

Saiana seguía sufriendo las consecuencias de su inmadurez para sobrellevar los problemas. El viaje había sido una completa y absoluta tortura, al menos para ella; los ataques parecían nunca desaparecer y encontrarse en un espacio desconocido no estaba ayudando mucho. Se propuso madurar y aprender a comportarse. Se dijo que debía hacerle frente a su tortura personal y vivir. El universo le había proporcionado otra oportunidad y no la desperdiciaría.

Quizás gracias a esas palabras de aliento que se dio, fue que al otro día se animó a salir a la calle. Las tres se abrigaron bien y muy alegres salieron a recorrer aquella ciudad tan conocida

como el fin del mundo. Caminaron por las calles admirando cada detalle. Entraron a los museos que más llamaron su atención. Almorzaron en un pequeño restaurante que se encontraba sobre la costa y se quedaron satisfechas al probar platos típicos del lugar.

Unos días después de su llegada, Saiana volvió a perderse, como en cada amanecer, mirando el imponente *Glaciar Martial*. Este estaba rodeado de densas nubes y nevado en la cima, era algo mágico, maravilloso de ver. Cuando se sintió en paz con su alma, giró para mirar a sus amigas. Ellas estaban completamente dormidas, despertarlas le daba lástima por eso, con mucho cuidado, tomó la ropa que había dejado acomodada la noche anterior y se metió en el baño para prepararse. Una vez lista, tomó el abrigo y salió en calma de la habitación. Antes de salir al exterior del hotel, le preguntó a la recepcionista dónde podía hacer algunas compras, esa noche se festejaba la tan esperada Navidad y papá Noel había despertado con ganas de fundir la tarjeta de crédito. Siguió las indicaciones que la joven le había dado y sin ningún problema dio con los negocios que buscaba. Sin darse cuenta, se le pasó la mañana volando, cuando miró el reloj ya eran más de las dos de la tarde. Abonó el café que se acaba de tomar, cargó todas las bolsas que tenía y salió sin mirar por dónde iba. No había hecho ni cinco pasos cuando impactó contra el cuerpo de alguien que iba en dirección contraria a la de ella. De golpe, uno de sus ataques de vértigo la asaltó y tuvo que largar todo lo que llevaba en sus manos y sostenerse de aquella persona que tan bien olía. Apretó sin cuidado los bíceps del hombre que la observaba atónito. Saiana no quería abrir los ojos, el cuerpo le temblaba y la sangre corría furiosa por sus venas. Hacía mucho tiempo que no se sentía tan apabullada o al menos eso era lo que ella creía. Sabía que el no recordar su pasado más reciente, en algún momento iba a pasarle factura, pero eso en ese instante no le importaba. Por primera vez desde su accidente se permitió abrir el candado de sus sentimientos y gozar de aquellas sensaciones que tan bien la hacían sentir.

—Señorita, ¿terminó con su inspección? —indagó Mateo con diversión, sin siquiera pestañear. Las facciones tan delicadas de la morocha lo habían dejado fuera de juego por algunos minutos. Por eso consintió que lo olfateara y permitió que acariciara sus bíceps con descaro.

Saiana volvió a la realidad cuando sintió cómo el desconocido le hablaba al oído y su respiración le acariciaba el lóbulo de la oreja, haciendo que su piel se pusiera de gallina. Abrió los ojos con lentitud y lo miró. Clavó sus iris en los de él y se dejó ir. Frente a ella tenía a la criatura más hermosa que había visto jamás. Sabía que estaba comportándose como una desquiciada y no le importaba. El rubio la sujetaba de la cintura y el calor de esas manos traspasaba las prendas que llevaba puestas. Respiró hondo y tragó saliva con fuerza, preparándose para hablar y disculparse, como si hiciera falta, ya que el desconocido no parecía descontento con su rara actitud.

—Lo siento mucho. Venía caminando distraída y no me fijé por dónde iba —relató excusándose, sin contestar la pregunta que él había hecho. Parpadeó varias veces y salió del embrujo en el que se encontraba. Retiró las manos de sus brazos y se movió incitándolo a que también la dejara ir. Bajo la atenta mirada de aquel hombre, se agachó con calma y recogió todas las bolsas para poder marcharse. De repente se sentía avergonzada y culpable, ese maldito sentimiento estaba eligiendo ese momento para hacer acto de presencia. Afligida, inclinó la cabeza y pasó por su lado; él se quedó estático sintiendo cómo el fuego abrasador que ese toque había encendido, se desvanecía. Sintiendo aún demasiado atontado como para reaccionar, la dejó marchar sin siquiera ser capaz de averiguar su nombre.

La mujer volvió apresurada al hotel, completamente azorada. Entró a la habitación y al cerrar la puerta se deslizó hasta quedar sentada en el piso. Cerró los ojos con suavidad y rememoró lo antes sucedido, preguntándose internamente qué la había empujado a reaccionar de esa forma frente a ese hombre. Sus amigas, que no hacía mucho se habían despertado, la miraban intrigadas. Se la veía en paz, sonriendo con tanta calidez, que no se animaban a sacarla de su ensoñación. Al sentirse observada abrió los ojos y las encontró con la vista puesta en su persona. Se levantó con calma y sonrió al mismo tiempo que les mostraba las bolsas que traía. Sabía que era la única manera de despistarlas.

—¡Buenas tardes, dormilonas! Me fui de compras, hoy llega papá Noel —expresó con alegría. Por alguna extraña razón que desconocía desde que el rubio la había tocado, sentía que algo dentro suyo se había puesto en marcha. Fue como si él hubiera accionado algún interruptor o algo por el estilo.

—¿Saliste sola de compras? —interrogó Ainara con cara de sorpresa. Vaya, eso es todo un logro, pensó.

—Pellízcame urgente, esto es algo de no creer. Definitivamente el aire del fin del mundo le está haciendo bien —declaró Morena mirando a Ainara, como si Saiana no estuviera ahí presente. La principal implicada comenzó a reírse mientras se acercaba y le entregaba las bolsas besando sus mejillas. Se metió al baño dejando a las otras dos absolutamente mudas, de pie, en el medio del cuarto.

Esa noche, después haberse preparado con aplomo, las tres amigas bajaron al salón del hotel donde sería la cena. Vestidas de estreno de pies a cabeza, se robaron, al ingresar, todas y cada una de las miradas masculinas. No podían estar más hermosas, elegantes. Saiana llevaba puesto un vestido *halter* de raso, entallado al cuerpo, de color amarillo y su cabellera recogida en un rodete a la altura de la nuca. Morena, la más descarada, portaba una prenda corte *bodycon* de color rojo pasión que terminaba en el medio de los muslos, acompañada de unos *stiletos* negros que le daban una altura infartante. En cambio, Ainara, la más discreta; vestía un sencillo mono oxford de espalda descubierta y el cabello suelto acomodado hacia un lado. Sin duda las compras de esa mañana habían sido las más acertadas.

Después de degustar con paciencia los platos que les sirvieron, se quedaron tranquilas sentadas en su mesa, charlando animadamente, frente a la grata compañía de una *frapera* en la cual descasaba un *champagne* rosado. A las cero horas brindaron y saludaron a cada persona que se les acercó a desearles una feliz Navidad o respondiendo un simple “igualmente” para aquellos que se les adelantaban. Para cuando comenzó la joda, Morena y Ainara estaban completamente borrachas; en cambio, la otra solo había bebido dos copas. Al ingresar a la sala donde se daría el baile, Saiana observó todo con atención y se llevó una gran sorpresa al encontrar al rubio de esa mañana al otro lado de la habitación, mirándola fijamente.

*¿Lo que leo en sus ojos acaso es deseo?* Se preguntó desconcertada.

En ese momento le agradeció a Dios que sus amigas estuvieran en su mundo y a la vez, le rogó que ese hombre no se le acercara, porque si con solo mirarlo se ponía cardíaca, no quería ni imaginarse cómo se sentiría si cayera nuevamente entre sus brazos. Desvió la mirada y buscó un rincón alejado para posarse; en lo posible uno donde la mirada de Mateo no la incendiara interiormente. Sus amigas la dejaron tirada, después de que ella reclinara la oferta de ponerse a

bailar, por eso respiró profundo y se alejó caminando hasta que dio con una puerta que daba al exterior. Al salir a la pequeña terraza se encontró con que esta estaba levemente iluminada, gracias a las luces que colgaban de una estructura de hierro. Se acercó al borde de la cornisa y con la suave música de fondo se abstrajo del mundo, observando la ciudad a sus pies.

—¿Será que nuevamente te estás escapando de mí? —indagó Mateo, clavando sus iris celestes en la nuca de Saiana mientras caminaba despacio, acercándose. Ella, que no lo había escuchado llegar, se sobresaltó al escuchar su voz. No sabía qué hacer, no tenía escapatoria y asumió que tarde o temprano iba a tener que enfrentarlo y enfrentarse a ella misma. Al sentir las firmes manos del hombre posarse en su cintura, se le erizó la piel y el estómago le cosquilleó al percibir su respiración pausada contra la oreja. Se dejó vencer ante las sensaciones y dejándose llevar por lo que crecía dentro suyo, descansó su cabeza en el pecho de él, completamente relajada. Los miedos la abandonaron y la plenitud de sentirse viva la abordó. Se quedaron en silencio mirando hacia la nada, preguntándose por qué no habían podido dejar de pensar, en todo el día, uno en el otro. Ambos sin verse el rostro sonreían a la par, queriendo saber qué les depararía el destino, consultándole interiormente a las estrellas si la casualidad de conocerse les traería algo bueno, fructífero y duradero.

Esa noche, Saiana dejó los miedos a un lado y le contó a Mateo el porqué de su visita a Ushuaia. Le relató con calma lo que se acordaba del accidente y cómo fue su recuperación. Se animó y lo puso al tanto de sus ataques a causa del estrés postraumático. Para ella no había nada más valioso que la confianza que se deposita en el otro y la verdad que se espera a cambio. Por eso, siendo fiel a sus valores, le narró con sinceridad como había sido su vida, dejando para algún día los baches donde aún había lagunas mentales.

Sin embargo, Mateo era más parco con las palabras. No podía negar que esa mujer lo atraía como si él fuera metal y ella un imán. Quería tenerla, fundirse en su piel y abrazarla mientras se deleitaba con su suave voz, por el resto de su vida. Sus sentimientos en ese momento eran como el mar durante un tsunami, arrasaban con todo dentro de su ser y estaba dispuesto a dejarse llevar por la marea y ver donde atracaba. Se había asustado cuando ella le dijo dónde era su lugar de residencia pero eso se calmó al escucharla confesar que nada la ataba a su ciudad; saberlo le dio esperanza y determinación. No la dejaría irse sin antes darse el placer de conocerla e intentar que se quedara a su lado. Quería a Saiana en su vida y eso nada ni nadie lo iba a impedir.

El amanecer los atrapó acurrucados en un sillón, charlando animadamente, y con él llegó la hora de la despedida. Acordaron que por la tarde él la pasaría a buscar para llevarla a conocer los recovecos de esa ciudad que obraba magia en la vida de las personas que decidían visitarla.

Y así fueron pasando los días. Cada tarde se encontraban en el *hall* del hotel, paseaban por diferentes lugares y se iban conociendo, se volvían cada vez más estrechos el uno con el otro y la atracción crecía como las llamas de un gran incendio. El comienzo de un nuevo año estaba a la vuelta de la esquina, y el regreso de Saiana a Buenos Aires también; sus amigas debían regresar para retomar sus actividades. Esto a Mateo no le agradaba ni un poco, no sabía cómo pedirle que le diera más tiempo, que se quedara junto a él. Tenía una necesidad imperiosa por retenerla, la sentía tan suya que le era imposible imaginarse cómo sobrellevar su partida. En pocos días ella se

había convertido en su todo y no estaba dispuesto a perderla. Por eso, después de estudiar detenidamente sus opciones, optó por una y estaba preparado para llevarla a cabo.

El último día del año pilló a las tres amigas preparándose para irse de compras. Esa noche, al igual que en Navidad, cenarían en el hotel y asistirían a la fiesta de blanco que se daría para festejar el Año Nuevo.

Saiana seguía sin encontrar el momento oportuno para contarle a sus amigas lo que había estado haciendo cada tarde y ellas, al verla tan repuesta, suponían que ese viaje, alejadas de todo, le estaba haciendo muy bien. No se les pasaba por la cabeza otra opción, como por ejemplo que las mejorías de ella eran por un apuesto rubio que estaba poniendo su mundo patas para arriba. La morena tenía serias dudas sobre su marcha y ya no sabía si quería recuperar la memoria, tenía la sensación de que esa parte de su vida no había sido buena, por eso su mente la bloqueaba.

A media mañana salieron del hotel riendo a causa de una de las tantas monerías de Morena. Resultó ser, que la más osada del grupo, se estaba enredando con un millonario que estaba de paso por allí y en el ascensor, no tuvo mejor idea que describir con demostraciones algunas cositas que le había hecho la noche anterior.

Saiana, aprovechando el buen humor que reinaba en el ambiente, invitó a las chicas a almorzar en un pequeño restaurante por el que pasaban. Estaba preparada para hablarles de Mateo, quería arrancar una temporada sin cargas que arrastrar y estar ocultándole eso a sus amigas la estaba torturando. Tomaron asiento junto a uno de los ventanales que daba hacia el puerto, y se entretuvieron mirando la carta. Después de hacer sus pedidos, Saiana supo que había llegado la hora.

—Chicas, tengo algo que contarles —anunció nerviosa retorciendo sus manos por debajo del mantel.

—Habla —propusieron las otras dos a la par.

—¿Se acuerdan que para Navidad, por la mañana, salí a hacer compras? —preguntó inquieta. Ellas asintieron con la cabeza mirándola atentamente —, al salir de un local choqué contra un hombre. Él me sostuvo durante unos segundos hasta que me establecí y yo creí que iba a desmayarme, creo que jamás me había sentido tan desconcertada en mi vida. Prácticamente hui cuando me di cuenta de cómo estaba reaccionando. Esa misma noche después de la cena, cuando ustedes estaban más borrachas que *Homero Simpson* en una fábrica de *Duff*, volvimos a coincidir en uno de los balcones del hotel. Hablamos durante toda la noche y después de eso, hasta ayer, nos vimos todas las tardes mientras ustedes se iban de excursión en excursión. Cada salida que hice en estos días fue en su compañía y la verdad, si les soy sincera, me hace muy feliz pasar mi tiempo con él. Estoy pensando muy seriamente en quedarme en esta ciudad y comprobar hasta dónde puede llegar esto —relató con alivio. Haberse sacado ese peso de encima era una alegría.

Ainara y Morena se quedaron en silencio procesando lo que su amiga les había contado. Después de ese pequeño discurso sabían que debían hablar, contarle cómo había conocido al canalla de su exmarido y que, en ese momento, sin decirle nada a nadie, se había casado con él después de dos meses de noviazgo. El miserable tenía un fin con ese matrimonio: usarla para estafar a una de las empresas más importantes de Buenos Aires y lo consiguió, logrando con eso que ella prácticamente quedara en la calle. Ese había sido el último año de su vida, aquel del cual no recordaba nada. No podían permitir que volviera a cometer una locura de ese calibre, ya que la

anterior tuvo consecuencias deplorables.

—Saiana ¿el accidente afectó la parte cuerda de tu cerebro? —consultó enojada Morena.

—More, no preguntes estupideces —refutó Ainara —, Sai, es necesario que antes de tomar una decisión, sepas qué pasó durante el último año de tu vida —acotó ella con firmeza bajo la alerta mirada de las otras.

—No, Aina, no quiero saber qué me sucedió. Llegué a la conclusión de que si mi mente me oculta eso, es por algún motivo. Tiene que ser algo muy malo, por eso no lo recuerdo, y en este momento de mi vida me siento feliz, quiero reír, saltar y saberlo me hará mal, derrumbará lo que construí estas semanas. No sé si algún día me sentí tan plena como ahora y no quiero saberlo. Por favor, dejemos ese tema acá, lo que pasó ya fue —expuso con tristeza y sinceridad.

Respetando su pedido, hicieron silencio y al poco tiempo cambiaron de tema y siguieron disfrutando de ese hermoso día soleado. Compraron sus atuendos para esa noche y volvieron al hotel, preparadas para alistarse, disfrutar y terminar el año con fastuosidad.

A la hora pactada, ya se encontraban las tres en el salón, listas para cenar. A medida que fue pasando el tiempo, Morena y Ainara comprendieron que debían aceptar la decisión de su amiga, ella ya era grande, suponían que sabía en lo que se metía. Al tener eso claro, el ambiente fue cambiando y volvieron a ser las mismas de siempre. Rieron durante toda la velada y se contaron detalles, que en alguna charla, se les habían pasado por alto. Cuando llegó la hora de pasar al salón de baile, Saiana estaba más que ansiosa, los nervios le recorrían el cuerpo y la excitación por saber qué diría él, ante su noticia, la tenían mal. Se puso de pie y arrastrando a sus amigas se dirigió, con el corazón en la mano, hasta quien posiblemente, sería su futuro.

Entraron y al instante lo vio, esperándola, apoyado sobre una columna. Saiana dejó atrás a sus compañeras y caminó con rapidez hacia él. Al llegar y pararse con seguridad, Mateo le guiñó un ojo, ella armándose de valor lo agarró de las solapas de su traje y lo atrajo comiéndole la boca de un beso. Él, en un principio, a causa de la sorpresa, no le respondió. Cuando reaccionó, la tomó de la cintura con posesión y le devoró los labios con fervor. La mujer se relajó entre sus brazos disfrutando, una vez más, de las sensaciones que él le provocaba.

Un sonido estruendoso los sacó de su ensoñación, el conteo para comenzar el Año Nuevo había empezado. Se miraron a los ojos y se sumaron a la multitud que los alentaba a contar. Cuando dieron las cero horas se fundieron en un abrazo lleno de amor, se miraron con las promesas bailando en sus pupilas y al verse rodeados de gente, no hicieron falta las palabras para entender que ambos querían salir corriendo de ahí y así lo hicieron. Se tomaron de la mano y huyeron hacia aquel lugar donde, hacía tan solo unos días, las horas los habían engullido en medio de confesiones, risas y mimos.

Al igual que la primera y única vez que estuvieron ahí, se acomodaron en el sillón, abrazados, solo que en esa ocasión pudieron observar, en lo alto del cielo, el show de fuegos artificiales. Mateo respiró hondo llenando sus pulmones con el delicado aroma que desprendía Saiana.

—Sai, hay algo que quiero decirte —confesó nervioso.

—¿En serio? Yo también tengo algo para contarte —acotó ella girándose para verlo.

—Bueno, las damas primero —dijo alentándola a que hablara. Saiana lo miró y sin correr la

vista, acarició el rostro del hombre con calma. Dudaba de su reacción, porque a pesar de que ella estaba segura de lo que quería, no sabía si él estaba dispuesto a aceptarla.

—Mateo, voy a quedarme en Ushuaia —expuso con diligencia. El aludido no podía creer lo que estaba escuchando. El corazón le galopaba sin descanso dentro del pecho, su morocha se quedaría junto a él.

—¿No me estás jodiendo, no? —expresó con asombro. Ella negó con la cabeza y él la abrazó con fuerza. Se sentía demasiado increíble, parecía algo de mentira. Hasta en eso estaban de acuerdo y si eso no era una señal, que lo partiera un rayo.

—¿Qué ibas a decirme? —susurró acurrucada contra su pecho.

—Que estoy perdidamente enamorado de vos, no soportaba la idea de verte marchar, por eso iba a pedirte que te quedaras. Saiana, te convertiste en mi todo, sos la que me alienta a levantarme cada día. No quiero pasar un solo segundo lejos tuyo. Deseo hacerte feliz por lo que resta de vida. ¿Me vas a dejar cumplirlo?

—Yo también me enamoré de vos, no puedo imaginarme un futuro si no es a tu lado. No hay nada que quiera más, regalame felicidad eterna, Mateo —aseguró emocionada.

Y así fue. Día a día, la vida de Saiana y Mateo se volvió más maravillosa. Aquel diciembre en el fin del mundo se convirtió en un para siempre en aquella ciudad que los vio ser felices cada minuto de sus vidas.

## Tú me robaste el corazón



**T**ranscurría el mes de enero cuando Morena y Ainara emprendieron su vuelta. Su estadía en Ushuaia, definitivamente, sería inolvidable. Morena se volvía con la ilusión de su vida dentro del bolsillo; un romance que prometía.

Las chicas abordaron un taxi en la puerta del aeropuerto de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires, con destino a sus departamentos, los cuales estaban en el mismo edificio; eran tan unidas que no soportarían vivir más lejos que a una puerta de distancia.

Más tarde, Morena se encontraba despatarrada en el sofá de su living mensajeándose con él. Con ese hombre que, si bien era mayor que ella, había logrado cautivarla despertando su más desesperante curiosidad. La pelirroja no podía dejar de pensar en su madurito, así lo había apodado después de descubrir su edad. Ulises la tenía agonizando y ella no estaba dispuesta, por primera vez en su vida, a dejarlo escapar. Quería a ese hombre para ella y ni siquiera se había parado a analizar si eso tendría consecuencias. No le importaba nada. Las órdenes, en esta ocasión, las daba su corazón y no la parte racional de su cerebro, aquella que estaba acobardada por el miedo al sufrimiento.

Como todos los días de la semana se levantó temprano, puso a andar la cafetera, y mientras su dosis de cafeína se enlistaba, se dio una ducha. Al salir, se paró frente al espejo, observó su cuidado cuerpo con detenimiento. Se puso crema en cada recoveco y entonó las estrofas del tema *What's Up* de *Four Non Blondes*<sup>[1]</sup> con fuerza, preguntándose qué estaba pasando. Hacía días que tenía un feo presentimiento instalado en el pecho y a esa extraña sensación se le sumaba que Ulises se estaba comportando de una forma poco común. La esquivaba, demoraba en contestar sus mensajes y no siempre atendía sus llamadas.

Cubrió sus partes íntimas con un *culotte* de encaje y sus pechos con un corpiño a juego color negro. Enfundó su torso con un *body* floreado y sus piernas con un *palazzo* negro. Se calzó unas plataformas. Se peinó la abundante cabellera color rojo fuego con el cepillo y la ató en un rodete desordenado en lo alto de su cabeza.

Desayunó apoyada sobre el borde de la mesada en la cocina mientras ojeaba las noticias *online* y saludaba a las chicas como todos los días.



Cuando la alarma le anunció su hora de partida, estaba lista para salir hacia su trabajo. Manoteó de pasada la cartera, se puso los lentes de sol y se marchó.

Ingresó a su consultorio con el tiempo justo para preparar el ambiente para la primera sesión del día. Tenía una clienta nueva, una que comenzaba con la depilación definitiva y además quería una limpieza de cutis profunda. Morena amaba su profesión. Le costó demasiado obtener cada título, por eso los tenía exhibidos en una de las paredes de su espacio de trabajo. Encendió el reproductor y automáticamente los ambientes fueron colmados por música relajante. Arrojó sobre las lámparas de sal del Himalaya varias gotas de incienso y el aroma fue poco a poco tomando cada rincón. Se despojó de la ropa que traía puesta cambiándola por el ambo y sus plataformas fueron remplazadas por unas chapatitas para su comodidad.

Unos minutos después sonó el timbre anunciado que su cliente ya estaba ahí.

Varios días después, Morena se encontraba parada en la vereda del frente de las oficinas del hombre que imaginaba para su futuro. Reunió todo el valor que necesitaba y cruzó caminando con seguridad, desprendiendo una sensualidad incomparable. Es que ella era así, natural, simpática, extrovertida y muy sexy; por eso, sin quererlo, siempre se robaba alguna que otra mirada. Ingresó al edificio y se detuvo frente al mural donde se encontraban detallados los datos que buscaba, sabiendo que lo que hacía no estaba bien, que por algo él no había accedido a verla, pero necesitaba saber el porqué de las vueltas que él le estaba dando. Quería salir de dudas ya que estas estaban destruyendo su autocontrol. Se sentía como una auténtica lunática. El flechazo le había dado de lleno.

*Ya no hay vuelta atrás*, se dijo internamente, dudando de las decisiones que estaba tomando.

Esperó el ascensor y se subió al aparato con los nervios a flor de piel.

Al no encontrar a nadie en la recepción se aventuró, y con paso firme recorrió los pasillos hasta que vislumbró al fondo de este una puerta entornada. Se acercó sonriente, ansiosa, imaginándose que él la recibiría feliz y lamentablemente lo que se encontró al detenerse frente a la madera, la dejó inmóvil. Ulises estaba discutiendo con su esposa. *Qué tonta soy. Debería haberme imaginado que era casado*, pensó.

Se quedó rezagada escuchando lo que decían, queriendo desencantarse, rogando que esa situación la despertara del sueño, que borrara de un plumazo todo lo que se había imaginado. Una vez más, el amor volvía a golpearla. Lloró en silencio mientras las sensaciones la arropaban; dolor, desolación, pérdida. Morena, por primera vez, después de muchos años se había dejado llevar, se había permitido sentir y abrir su vida hacia alguien y estas eran las consecuencias de su descuido. Quería levantarse del piso, hacerle frente a las balas, pero no podía, su cuerpo estaba entumecido y su corazón a punto de convertirse en un millón de fragmentos. Siguió y siguió escuchando de fondo el intercambio, hasta que una silueta detenida frente suyo la sacó de su desvarío logrando que gritara a causa del susto que se llevó. Se incorporó de golpe y caminó de forma vertiginosa sin prestar atención al llamado de Ulises, quien, a raíz del lamento escuchado, salió de sopetón llevándose una sorpresa que lo dejó agitado. Corrió hacia ella sin pensarlo, necesitaba alcanzarla, rogarle que lo escuchara y cuando estuvo frente a la puerta de ascensor escuchó con el pecho oprimido cómo le gritaba.

—Sos una basura, un malnacido, un vil mentiroso. Te conté lo que me hicieron, cómo me traicionaron. No me esperaba esto de vos —bramó furiosa. Masticando el dolor que la embargaba.

—Amor, dejame explicarte. Volví a mi oficina y hablamos con calma, por favor —entonó pausado. Sabía que si se alteraba o demostraba una pisca de nervios iba a ser peor.

Morena negó con la cabeza, se hizo hacia atrás y dejó que la puerta del ascensor se cerrara.

Él se dio media vuelta y con apuro trotó hacia la oficina, encontrándose de frente a la víbora que durante años había considerado su esposa.

—Me imagino que no saldrás corriendo detrás de esa muchachita. No puedo creer que quieras el divorcio porque una niña caprichosa te haya endulzado los oídos. Ay, Ulises, a veces me das pena —entonó con sarcasmo Carlota. Por dentro, estaba iracunda. Ya no sabía que más hacer para conservar la posición económica que llevaba. Sabía muy bien que si él la dejaba eso se acabaría. Chau *shopping*, peluquería, mucamas, personal *trainer*, en fin, adiós a todo.

—Carlota, te voy a decir algo y espero que te quede bien claro. Esa muchachita, como vos la llamaste, tiene nombre. Se llama Morena y es una mujer con todas las letras. Sí, es joven, soy unos años más grande que ella, pero no nos importa. La amo. Me ama. Eso es lo único que vale. Me hace feliz y voy a luchar por ella con todo lo que tengo, aunque se me vaya la vida en ello. Firmá los malditos papeles, Carlota —exigió furioso—. Se me está acabando la paciencia. No logres que se me suban los humos y comience a sacar mugre de debajo de la alfombra —amenazó antes de pasar por su lado observándola despectivamente. La señora se quedó atónita. Jamás había visto a Ulises portar tal convencimiento en algo.

El caballero abandonó el edificio con prisa. Miró para todos lados buscando la silueta de su pelirroja pero no logró dar con ella. Volvió a ingresar al *hall*. Se subió al ascensor y descendió hacia la cochera en busca de su auto. Respiró hondo varias veces tratando de dar con la tan ansiada tranquilidad que necesitaba, no la encontró. Estaba aterrado, acobardado, porque sabía que Morena huiría lastimada dejándolo solo sin la posibilidad de explicarse.

Surcó las calles que lo separaban de aquella casa que fue testigo de la pasión que florecía que cada encuentro, aferrado al volante con fuerza manteniendo el manos libres de su celular activado, llamándola una y otra vez, desesperado; le seguía dando directo al buzón de voz.

Morena, al salir de la edificación, se subió al primer taxi disponible, dispuesta a desaparecer sin dejar rastro alguno. Sabía que el primer lugar a donde iría a buscarla sería su departamento, por eso no podía ir para allá. Entre lágrimas se comunicó con Ainara quien sin pensarlo le dijo que se instalara en el suyo sin problema, que ella ni bien se desocupara estaría ahí. No dio explicaciones, ya habría tiempo para eso. En ese momento no podía hilar pensamientos coherentes. Cada palabra del pasado regresó. Volvió a padecer la manipulación en su cerebro. Volvió a sentirse como aquella niña que fue víctima de las mentiras de un hombre mayor. Apagó el celular y se quedó estática, llorando en silencio. En sus ojos empañados se reflejaban las copas de los árboles, los rayos de sol y el dolor de la traición. La pelirroja se sentía partida, parecía que poco a poco se iba desintegrando, que no quedaría nada de aquella joven simpática, descarada. Morena se estaba marchitando al igual que cuando fue adolescente. La caída había sido en picada y el golpe contra en suelo dolía y cómo dolía.

Ingresó al departamento de su amiga arrastrando los pies. El cuerpo le pesaba. La angustia la atoraba. El alma teñida de negro la empujaba sin descanso hacia un pozo de desesperación. No entendía porqué el destino la seguía castigando, porqué se ensañaba con ella. No se lo merecía.

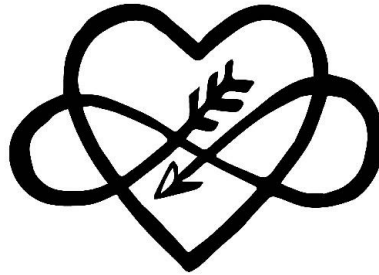
Se dejó caer en la cama sin cuidado y poco a poco se fue acomodando en posición fetal. Se abrazó a sí misma buscando consuelo, calor, queriendo dejar de sentir esa opresión en el pecho que la ahogaba. Escuchó a lo lejos la voz del hombre que amaba. Él la reclamaba, pero ella no saldría en su búsqueda. Eso se había terminado. Mañana sería otro día, uno lleno de claridad, sin lágrimas para derramar. Un nuevo comienzo. Ella no se desarmaba. Había aprendido a muy temprana edad que la vida le daba las peores batallas a sus mejores guerreros y ella era una de esos. Con ese pensamiento al frente se dejó arrastrar por la inconsciencia. Esa noche, su descanso estuvo plagado de pesadillas, de sueños horribles que la tenían a ella como protagonista, en donde se vio empujada por la desesperación, en donde revivió cada maltrato, amenaza. Observó, como si de una película se tratara, su cuerpo sedado en aquella camilla, en manos de ese médico que le arrancó a su hijo neonato. Escuchó el eco de la risa macabra del hombre que decía amarla pero que solo la utilizó para saciar su hambre sexual. Persona que cuando se cansó de manipularla la arrojó a la vía como si se tratara de un insecto que no merecía compasión.

Pasaron los días, las semanas y él no se daba por vencido. La atosigaba con llamados, mensajes y correos electrónicos. Le enviaba flores, chocolates, pero ella seguía negándose a escucharlo. Morena se sentía perdida, ni ella misma se reconocía. Le había pedido al equipo de seguridad de su trabajo y de su edificio que no lo dejaran pasar. No quería verlo, temía volver a caer rendida frente a él. Por eso se repetía diariamente, hasta el cansancio, que no era plato de segunda, que se merecía ser el todo de la persona que estuviera a su lado. Que debía encomendarse al destino para que la persona indicada para ella llegara. Morena tenía bien en claro que el amor verdadero no destruye, no engaña, no miente, ni traiciona. Si no que es todo lo contrario: compañerismo, cariño, fortaleza, unión, verdad.

Una tarde, aprovechando que no hacía tanto calor, maquilló sus ojeras, se arregló el cabello, vistió su cuerpo con prendas deportivas y salió a caminar para despejarse, el encierro la estaba volviendo loca. Deambuló por el Jardín Japonés sin prestar atención a lo que la rodeaba por eso no vio venir ese par de manos que la tomaron con avidez. No hizo falta girarse para reconocer su tacto; sus sentidos guardaban todos y cada uno de los recuerdos compartidos. Quiso desprenderse de su agarre, pero Ulises no se lo permitió y ella ya no tenía fuerzas para seguir luchando. No podía más. Su resistencia se había esfumado. Sin demorarse, apoyó su mentón en el hombro de la mujer y de forma deliberada, sensual, le habló al oído confesándole que la amaba. Le dijo que ese fatídico día estaba discutiendo a causa de los papeles de divorcio, que Carlota se negaba a firmar. Le explicó que ella se había vuelto su todo pero que antes de seguir con la relación él debía comportarse como un hombre y estar exento de compromisos, para venerarla, hacerla feliz. Morena lloró liberando la angustia, desprendiéndose de la derrota que la embargaba, permitiéndole a ese hombre que recuperara su corazón, aquel que le había robado con tan solo una mirada.

Morena y Ulises al fin obtuvieron su final feliz. Quizás no todo fue color de rosas, pero ellos, con su paciencia, lograron sortear los baches que el destino arrojaba en su camino. Compartieron una vida plena, rodeados de momentos que atesoraron por el resto de sus días.

## Eres mi cielo



Ainara cerró la puerta de su departamento de un talonazo. Dejó la maleta a medio camino. Tiró la cartera sobre el sofá y se encaminó hacia su habitación. El departamento olía a encierro, pero eso no le impidió dejarse caer sobre el colchón. Tampoco le importó que la cama estuviera sin hacer. Estaba cansada, muerta de calor y agotada psicológicamente. Le había costado tanto obtener sus títulos, uno de Técnico Superior en Prótesis Dental, mejor conocido como mecánico dental, y otro de Dentista especializado en Ortodoncia, y ahora eso no parecía bastar. Necesitaba una inyección de adrenalina, sus amigas no estaban con ella. Saiana se había instalado en Ushuaia, y Morena tenía la cabeza en cualquier parte; por lo tanto, se le hacía casi imposible conseguir cómplices para eso. Ese último pensamiento la empujó directo a aquella fiesta de fin de año, más exactamente hacia él. Hacia ese muchacho que tanto la había hecho sonrojar con sus comentarios con segundas intenciones.

«No podés ser más boluda», se reprendió interiormente.

Joaquín había logrado que ella se pusiera más nerviosa de lo normal. Que deseara ser como una de sus amigas: mandada, confiada, delgada, más alta. Pero nada de eso era posible. Por más que lo anhelara con todas sus fuerzas, ella era petiza, más exactamente de un metro cincuenta de altura, rellenita, demasiado para su gusto, y pálida, muy pálida, como siempre le dijeron, y ella, tan tonta, se lo creyó. Se veía a sí misma como un tapón de sidra. Nada más lejos de la realidad. Ainara era una mujer con curvas, con rollitos firmes. Una dama de esas que menean las caderas al caminar de forma espontánea, sensual. Con un par de faroles negros como la noche oscura en el medio de un bosque, una cabellera rubia natural que caía sobre su espalda como una cascada de río manso y un color de piel que la hacía parecer transparente, inalcanzable para quien se detuviera a observarla y eso fue lo que vio Joaquín esa noche en ella. Quedó anonadado, prácticamente mudo al divisarla, algo absurdo para ese rufián que se lo pasaba halagando a cuanta mujer se le cruzaba por el camino. La notó tan discreta, vergonzosa, frágil, que hasta le dio miedo acercarse, pero después de ver cómo sus amigas la dejaban sola y que se disponía a marcharse, escapó de su trance y, decidido, salió a su encuentro. Se interpuso en su andar logrando que ella colisionara en su mundo y absorbiera todo con esa mirada atormentada. La convenció para que lo acompañara a tomar una copa. La hizo reír. Solo obtuvo su nombre, no pudo sonsacarle nada más y en una distracción la perdió de vista. Ainara se esfumó y por más que la buscó, no pudo ubicarla.

Sus vidas siguieron su rumbo.

Ainara volvió a trabajar, regresó a su monótona rutina, sintiéndose cada vez más sola. Viendo cómo su existencia pasaba sin sentido. Preguntándose por qué el amor le rehuía. Guardando solo para ella las esperanzas de cruzarse con ese chico simpático y cara rota de ojos celestes como el cielo despejado en un día de primavera.

Joaquín se concentró en sus labores de maestro mayor de obras en la empresa que su padre dirigía desde que él tenía uso de razón. Volvió de ese viaje con las energías renovadas, pero seguía sin poder sacarse de la cabeza a esa mujer que había sacudido su corazón. Pasaba la mayor parte de su tiempo libre con su hija, esa niña era la fortaleza de su alma. Su todo.

Una tarde, de esas muy calurosas y húmedas en Capital Federal, Joaquín retiró a Sofía de la colonia más temprano de lo habitual. Tomados de la mano, charlando muy animadamente caminaron hacia el consultorio del dentista. No era la primera vez que iban, pero sí era la iniciación de la niña con el ortodontista que se encargaría de corregir su dentadura. Llegaron a horario y esperaron pacientes hasta que el nombre de la pequeña apareció en la pantalla. Sofía se mostraba un poco reticente al momento de ingresar, la verdad era que estaba muy asustada. Sus amiguitas le habían dicho que le dolería todo lo que iban a hacerle y por eso no quería entrar.

—Papito, mejor vamos a casa. No quiero entrar —dijo la niña aferrada con fuerza a la mano de su padre. Joaquín la observó con ternura. Derritiéndose de amor por ella.

—Mi vida, no va a pasar nada malo. El doctor solo va a mirarte la boca, como mucho va a sacar unas fotos de tus dientes. Te prometo que no va a doler —contestó luego de ponerse en cuclillas para estar a su altura. Sabía lo miedosa que era su hija. Le tenía pavor a los médicos. Sofía miró con atención al hombre que consideraba su héroe y asintió con su pequeña cabecita. Él se puso de pie, la tomó por debajo de las axilas y le hizo upa, consiguiendo, con esto, que la niña se tranquilizara un poco.

El doctor era todo un amor de persona. Primero, envió a la niña al sector de radiografías en donde le tomaron las placas de su dentadura. Luego de eso, una vez que volvieron con las imágenes en mano, trató a la pequeña con mucha delicadeza, y antes de liberar a Sofía tomó un guante de su caja, lo infló, le dibujó un par de ojos, una boca y se lo entregó. No sin antes felicitarla porque en esa boquita no había ni una sola carie. Ella, muy desenvuelta, luego de descubrir que su papi tenía razón, lo abrazó antes de darle las gracias. Se enfrascó de lleno en la *tablet* que había sacado de su mochila, sin soltar el improvisado globo, y dejó que los grandes hablaran con calma.

El ortodoncista le explicó a Joaquín que la mala mordida de Sofía se debía a una condición conocida como paladar ojival o estrecho, y que para corregir eso la niña debía comenzar a usar aparatos removibles. Le comunicó que lamentablemente él no podría hacerse cargo del tratamiento de la niña porque debía salir del país y no sabía cuándo regresaría. Joaquín no estuvo muy feliz con esa noticia y ante eso el doctor Montero le dijo que se tranquilizara, asegurándole que ya tenía un reemplazo para todos sus pacientes. Le pidió que se dirigiera hacia la recepción, que ahí le explicarían los costos, la forma de pago y todo lo relacionado mientras él se comunicaba con la persona que desde ahora en más se ocuparía de la dentadura de su hija.

Ainara se encontraba sentada en su consultorio tomando un café mientras revisaba las historias clínicas de los que a partir de ese día serían sus pacientes. Por suerte, nada de otro mundo, todos trabajos simples, ningún reto hasta el momento. Eso la bajoneó un poco. Estaba tan aburrida. La vibración de su teléfono celular en el bolsillo de su ambo la sacó del pozo donde, poco a poco, se iba sumergiendo sin siquiera quererlo. Al ver que quien la llamaba era su padre, atendió con gusto.

—Pero si es el hombre más lindo del mundo el que me llama —saludó sonriendo sinceramente.

—Pero si es la joven más hermosa de este planeta la que me atiende —contestó siguiéndole el juego a su hija. Esa era la forma que siempre empleaban cuando hablaban por teléfono.

—Te amo, pa. ¿Qué paso? Todavía estoy en la clínica —reveló recostándose sobre el respaldar estampado con estrellas, de su silla.

—Estoy con la última paciente de la lista, todavía no viste su historia clínica porque la tengo yo. ¿Querés conocerla? En este momento su padre está arreglando los papeles para que empieces con el tratamiento.

—¿Cuántos años tiene? —consultó con curiosidad.

—Se llama Sofía y tiene siete años —ante la declaración de su padre, Ainara se puso de pie y le comunicó que ya estaba yendo. Sería mucho mejor que rompieran el hielo ahora y no cuando tuviera el próximo turno.

Subió las escaleras con parsimonia. Esos kilitos que ella consideraba de más le pasaban factura, pero eso no le impedía seguir disfrutando de los chocolates que tanto amaba comer. Al llegar a la puerta del cuarto donde estaba su padre, se preparó y abrió sin golpear asomando primero la cabeza. Miró a Alberto y le guiñó un ojo.

—Doctor, ¿por casualidad está acá dentro la niña más bonita de esta clínica? —entonó transformando su voz completamente. Al escuchar esas palabras, Sofía despegó los ojos del aparato y miró hacia la abertura. Allí se encontró con Ainara, que en ese momento llevaba unas antenitas con forma de moño y luces, más una graciosa nariz de payaso. La rubia ingresó cerrando la puerta detrás de ella, y giró para que Sofía pudiera verla y así entrar en confianza. Ainara ese día llevaba puesto uno de los uniformes más graciosos que tenía; no dejaba de ser un ambo pero estaba confeccionado con una tela estampada con chupetines, caramelos y muchos tipos de golosinas. Ella misma se los hacía porque nunca daba con diseños que fueran de su agrado. La pequeña reía con ganas mientras la veía hacer monerías hasta que no aguantó más y se bajó del sillón. Ainara se agachó a su altura y se disponía a hablar, cuando, de repente, alguien abrió la puerta logrando que se desestabilizara y cayera hacia delante. Apoyó las manos por puro instinto, menos mal que sus reflejos eran buenísimos, sino habría terminado con la boca o la nariz lastimada.

Joaquín al darse cuenta de lo que había hecho se apresuró a disculparse y cuando iba a ayudar a esa mujer a levantarse ya era tarde, Ainara se había puesto de pie y le daba la espalda. Alberto tenía unas ganas terribles de reírse, su hija estaba roja como un tomate. Sabía muy bien que su lucecita podía ser muy desenvuelta, graciosa y cariñosa con los niños, pero si se trataba de un hombre, era todo lo contrario. La rubia sabía que tenía que girarse y saludar al padre de la niña, pero no podía, lo que había ocurrido la tenía muy avergonzada. Respiró hondo unas cuantas veces

y se dio la vuelta llevándose la sorpresa de su vida.

«No puede ser, es él», se dijo internamente con los nervios a flor de piel.

Joaquín no podía creer lo que sus ojos estaban presenciando. Esa era aquella mujer. Tenía que ser ella. No había nadie que igualara esa belleza tan nata y mucho menos que se sonrojara con tanta facilidad. Volvía a quedarse mudo. Las palabras estaban atoradas en su garganta. Abrió y cerró la boca como un pez fuera del agua.

<<Dios. Parezco un pelotudo>>, se reprendió por dentro.

—Señor Núñez. Ella es Ainara Montero y desde hoy será la persona que tomará todos mis pacientes, incluido el tratamiento de su hija —manifestó Alberto tomando el rol de intermediario entre esos dos que se miraban sin emitir sonido alguno.

—Papito, ¿ella será mi dentista? —Le consultó Sofía a Joaquín. Él solo asintió con la cabeza sin despegar la mirada de la dueña de ese recuerdo que lo perseguía en todo momento. La niña comenzó a pegar saltitos y con determinación se acercó hasta Ainara. En ese mismísimo instante ella salió del trance en el que estaba después de pestañear con pereza y se agachó para estar a la altura de la niña. Logrando, con esa simple acción, que Joaquín tragara saliva con fuerza.

—¿Viste qué hermosa y divertida es? Cuando sea grande quiero ser como ella —afirmó la pequeña consiguiendo que el corazón de Ainara bailara dentro de su pecho colmado de ternura.

Sabía que debía ponerse de pie y darle la mano a Joaquín, no había forma de evitarlo. Esas eran formalidades que no podía obviar. Acercó su rostro al de esa pequeña de cabellos castaños, ojos celestes como el cielo y sonrisa encantadora, y depositó un beso en la mejilla regordeta de Sofía. Se puso de pie, juntó todo el valor que tenía dentro y dio los pasos que los separaban.

—Mucho gusto, señor Núñez. Lamento no tener más tiempo, en la próxima consulta podremos profundizar más sobre el tratamiento de su hija. Ahora tengo que irme. Papá, después nos vemos —entonó a medida que abandonaba la sala en un simple arrebato de nervios. Comenzó a caminar apresurada para resguardarse en la comodidad de su consultorio. Bajó las escaleras de dos en dos. Giró a la derecha y entró a su espacio. Suspiró con alivio al encontrarse en la soledad de ese cuarto que tanto quería, disfrutó del silencio. Lo que más amaba de ese lugar era que estaba en el subsuelo de la clínica, alejado de todo. Ahí respiraba paz. Se sentía resguardada de todo y todos. Ahí podía ser invisible.

Estaba tan compenetrada en busca de recuperar la compostura, que no se dio cuenta de que alguien la había seguido, hasta que el sonido de la puerta cerrándose la alertó. Se dio la vuelta asustada y al verlo ahí parado acaparando su espacio, cerró los ojos creyendo que al abrirlos descubriría que solo había sido una visión, que desaparecería..., pero no fue así. Él seguía dentro y ya no estaba junto a la puerta sino que se encontraba a centímetros de su cuerpo. Robándose su aire. Perforándola con la mirada.

—¿Y ahora qué vas a hacer? ¿Te vas a escapar de nuevo? —Indagó Joaquín con determinación. Quería sujetarla con fuerza. Besarla hasta que se acabara el mundo. Sacarla de su zona de confort. Deseaba escucharla hablar con soltura y confianza. La cabeza le iba a explotar. Esa mujer lograba nublarle todos los sentidos.

—Yo... Yo —tartamudeó ella mirándolo a los ojos. Perdiéndose en la infinidad del cielo que

veía. Realmente quería que las palabras salieran de su boca, pero no, ahí se quedaban atascadas. Estaba muy nerviosa, asustada. La montaña rusa que tenía dentro del cuerpo la atolondraba.

Joaquín no pudo contenerse ni un segundo más y sin darle tiempo a pensar, deslizó una de sus manos desde la punta de los dedos hasta la nuca de Ainara dejándola detenida ahí, tomándola con precisión y calma. Movi6 su rostro, lo acerc6 hasta que ambos absorbían el aire que el otro exhalaba.

—Voy a besarte, rubia —confes6 un segundo antes de estampar sus labios contra los de ella. Las rodillas de Ainara amenazaron con dejarla caer solo con el primer roce de su carnosa boca. Percibi6 el desinhibido toque de sus dedos surcando la piel expuesta de sus costados y eso le dio la confianza necesaria para que se animara a tocarlo. Con sutileza deposit6 las manos sobre los hombros de 6l, y reci6n ah6 se sinti6 un poco m6s segura. Ambos se dejaron arrastrar por el terremoto de sensaciones que los abrazaban: deleite, anhelo, deseo, amor y m6s, mucho m6s... De pronto, sus cuerpos estaban absolutamente sincronizados, danzando al comp6s de un ritmo que solo ellos podían imitar, siguiendo la m6sica que les recorría las venas, que impulsaba sus corazones, que les llevaba oxígeno a los pulmones.

Ainara estaba montada en una nube, flotando en el paraíso, su paraíso. No podía creer que ese hombre la estuviera devorando con tanta ternura, que su toque fuera casi tímido y demandante en partes iguales. Estaba excitada, vertiginosa. La calma los acogi6 con suavidad. Lentamente, Joaquín fue bajando la intensidad hasta que se detuvo y apoy6 su frente sobre la de ella. Ambos suspiraron y con una sincronización increíble sonrieron. Ainara se hizo de todo su autocontrol y abri6 los ojos para encontrarlo mirándola con fijeza.

—Eres mi cielo —murmur6 perdida en la inmensidad de esos faroles que la admiraban con tanta intensidad.

—Rubia, creí que nunca iba a volver a verte. No vuelvas a desaparecer, por favor —exigi6, deliberadamente lento y sensual. Palp6 por todo el costado de su cuerpo hasta que ubic6 el bolsillo y sac6 el celular de ella. Desliz6 el dedo por la pantalla, bajo la atenta mirada desconcertada de Ainara, y marc6 su propio número haciendo con esto que no volvieran a estar perdidos.

—Joaquín —enton6 bajito—, no deberías estar acá. Tenés que irte. Esto fue un error, por favor, volvé por donde llegaste y no regreses —suplic6 deshaciéndose de su agarre y dándole la espalda al hombre que no entendía nada, que segundos antes le había dado una satisfacción impensada. De repente, los miedos la asaltaron. La magnitud de lo sucedido era inmanejable para Ainara y todas sus inseguridades. Estaba completamente desbordada y la cercanía de 6l no la dejaba pensar con claridad.

—Me voy a ir, pero no porque vos me estás echando, sino porque mi hija me está esperando con tu padre. No vas a deshacerte de mí tan fácil, rubia. Vas a ser parte de mi día a día cueste lo que me cueste. Te lo juro por lo que más quiero en esta vida —manifest6 con determinación mientras se adelantaba un paso para absorber el aroma que desprendía su cabello. Deposit6 un beso en su coronilla y se retir6 dejándola sola, tal como le había pedido.

Al llegar la noche, en el silencio de su departamento se puso a sospesar la situación vivida. Se



recriminó, frente a la espejo, su forma de actuar.

—¿Sos idiota, Ainara? —le preguntó a su reflejo—. Ese hombre te demostró en tan solo unos minutos lo que podés sentir entre sus brazos. Te inspiró confianza. Su mirada despertó a las mariposas que dormían en tu interior. Es simpático. Parece buena persona y tiene una hija. Algo que vos jamás a vas poder tener —se decía en voz alta. Intentado que su mente no la traicionara. Que esa verdad no la lastimara. Que sus temores no la absorbieran.

En un arranque de valentía tomó el teléfono, abrió el *WhatsApp*, y le escribió un mensaje pidiéndole que fuera a su casa, explicándole que necesitaba hablar con él. Le adjuntó la dirección y se sentó en el piso de su habitación a esperar una respuesta. Contestación positiva que no tardó en llegar.

—Ay, Ainara. Mejor preparate para lo que está por venir —le entonó a su reflejo.

El sonido del portero eléctrico la hizo saltar del sillón donde se encontraba sentada. Los nervios la tenían mal, la castigaban terriblemente. Caminó hacia la cocina. Levantó el auricular y lo vio por la cámara. Tan sereno. Tan lindo con ese cabello casi al ras del cráneo, color de piel *latte*, esa boca de labios carnosos, y esos luceros que le fulminaban la razón. Apretó el botón y con su voz temblorosa entonó un escueto: “sube”. Respiró hondo unas cuantas veces y se dirigió hacia la puerta de entrada. La cual abrió antes de que fuera golpeada dejando a Joaquín con la mano en el aire. Le regaló una tímida sonrisa, se hizo a un lado y con una seña lo invitó a entrar. No podía emitir sonido, estaba totalmente muda.

Joaquín no quería presionarla, por eso trataba de comprenderla, de leerla y eso no le era nada fácil. No sabía cómo actuar. No estaba acostumbrado a tratar con féminas tan retraídas. En el ambiente donde él se movía las señoritas eran desenvueltas, mandadas, hasta caras rota, pero con Ainara debía ir despacio. Intuía que la mujer que se había adueñado de todos sus sueños la había pasado mal, sin embargo, eso no iba a repetirse, él estaba ahí para hacerla feliz hasta el fin de sus días.

—Rubia, ya estoy acá. Es hora de que hables, porque las vueltas no me gustan. Soy bastante ansioso —reveló antes de sentarse.

—Joaquín, por favor, teneme paciencia. Como ya te habrás dado cuenta soy muy especial. Con las únicas personas que no me cuesta entablar una charla es con mis amigas, mi papá y con mis pacientes, con los demás me es muy difícil —admitió tomando asiento al otro lado de la mesita ratona que tenía en el medio del *living*.

—Ainara, no muerdo. No voy a comerte. Vine dispuesto a escucharte y pretendo que cuando sea mi turno vos hagas lo mismo. Tengo toda la noche —declaró, poniéndose cómodo.

—Tenés un par de ojos, me ves. No soy el prototipo estipulado de mujer. Soy gorda, petiza, retraída. Estoy llena de defectos. Sinceramente, no sé qué me viste o qué te llamó la atención de mí. Aparte de eso, cargo con un problema que la mayoría de los hombres repudiarían —desembuchó de un tirón. La compuerta se había abierto. Era ahora o nunca.

—¿Sabés qué vi en vos la primera vez que te divisé? Belleza natural. Me deslumbraste. Me dejaste mudo. No sabía de dónde sacar valor para acercarme y hablarte. Tenía miedo de asustarte,

de que te escurrieras de mis manos como arena seca. Tu andar sensual me dejó frito. Cuando levantaste la mirada y descubrí ese par de faroles negros como una noche cerrada, se me cortó la respiración. Me hipnotizaste. Tu timidez me atrajo como un imán. No sos gorda, sos perfecta. Te siento ideal para mí y eso es lo único que me importa. Y si tenés defectos lo voy a ir descubriendo con el pasar del tiempo, de todas formas no me interesa eso, porque te acepto con el paquete entero —manifestó sin bajar la mirada. Demostrándole no solo con palabras lo enserio que iba.

—Tengo miedo de entregarte mi corazón y que termine fragmentado como una copa de cristal estrellada contra el cemento. Nunca tuve una relación de pareja, Joaquín. No sé cómo se hace. Si estás dispuesto a aceptarme vas a tener que enseñarme todo, y cuando digo todo me refiero a la totalidad de la definición de esa palabra. Soy absolutamente inexperta tanto en sentimientos como en la intimidad. Temo que se te acabe la paciencia y me destroces —confesó con veracidad estudiando sus facciones.

—No tengo prisa, rubia. Tenemos todo el tiempo del mundo, más exactamente hasta que le digamos adiós a esta vida. Cuando te besé supe que esto sería eterno, sin límites. Tengo que saber si vos estás dispuesta a tomarme con todo lo que tengo auestas. Soy un simple trabajador. No tengo lujos materiales para ofrecerte. Soy un padre soltero que se desvive por su estrellita. Un hombre que camina con honestidad. Portador de un gran corazón. También tengo defectos que voy a ir mostrando con el pasar de los días. No soy perfecto, Ainara —expresó acercándose hacia ella. Al llegar a su lado se agachó para estar a su altura. Apoyó sus dedos en las rodillas de la mujer y ella tembló de gozo. Su toque le producía demasiadas sensaciones que no sabía manejar.

—Cuando escuches lo que estoy a punto de soltar vas a salir corriendo de mi lado —desembuchó a la par que colocaba las palmas de sus manos en las mejillas del hombre—. Mejor ahora que mañana —testificó más para sí misma que para él

—No hay nada que puedas hacer o decir que me aliente a irme de tu lado —interrumpió mirándola con fuerza.

—Shhhh —le dijo con los ojos llenos de lágrimas—, soy estéril, Joaquín. Soy un fracaso de persona. Quedarte a mi lado implicaría jamás volver a tener hijos propios. ¿Estás seguro que podés contra eso? ¿Qué vas poder convivir con una mujer que está seca? —inquirió llorando en silencio. El corazón le latía más acelerado que nunca. La sangre burbujeaba dentro de sus venas como jamás lo había hecho. Estaba expuesta. Sin secretos. Perdida para siempre en el que consideraba su cielo. Si él se levantaba y se iba sin siquiera despedirse, lo entendería, lo comprendería, porque era lo que ella haría. No podía pretender que alguien la aceptara cuando ella no lo hacía. Se odiaba tan profundamente. Su alma estaba desgarrada. Lo único que siempre había deseado y que nunca tendría era el gozo de sentir cómo se formaba una vida en sus entrañas.

—Rubia, engendrar un hijo no es la única manera de ser madre. Podés ser una para Sofía, lo necesita. La persona que la trajo a este mundo se borró, la abandonó sin mirar atrás y mi pequeña siempre me reclama una figura materna. Ayer, cuando salimos de la clínica me dijo que le encantaría tener una madre que sea como vos. Mi niña es tan inteligente. Estoy seguro que se imagina lo que vine hablar con vos. No tiene ni un pelo de tonta —le contó, observándola con infinita ternura. El pecho le iba a explotar de orgullo. No entendía cómo los sentimientos por esa joven podían aflorar tan febrilmente en un plazo tan corto de tiempo.

—No te entiendo. Te juro que no te comprendo. Creí que saldrías pitando de este departamento

y de mi vida cuando lo supieras. Habría puesto las manos en el fuego por eso —le dijo desconcertada—. ¿Dónde estuviste metido todos estos años? —preguntó apoyando su frente contra la de él.

—Estuve esperándote, rubia. Estaba resguardando mi corazón para que vos te adueñaras de las llaves y lo protegieras por siempre —confesó antes de besarla con devoción.

Cada segundo, minuto, hora, día, semana, mes y año fue maravilloso. Ainara aprendió a aceptarse tal cual era y gracias a eso pudo ser feliz.

—La felicidad pasa por uno mismo, lo demás es un complemento —le dijo su terapeuta en una de sus tantas sesiones y eso le quedó grabado como un tatuaje.

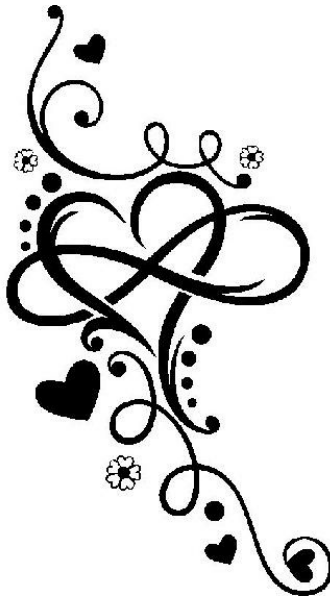
Sofia encontró en su madre, como ella la consideraba y llamaba, todo lo que siempre había anhelado; una cómplice, una amiga, una figura que le inspiraba siempre positivismo y que la alentaba a soñar con garra.

Joaquín descubrió en cada amanecer que su rubia era una mujer fascinante, emprendedora, confiable, auténtica, transparente y miles de adjetivos más. Él creía que no alcanzaban todos lo que estaban en el diccionario para describirla.

Ainara al fin supo lo que era sonreír por amor. Joaquín y Sofia la completaban. Eran las otras partes de su rompecabezas. Se volvieron su todo. Ellos eran su cielo y ella jamás se cansó de hacerles saber sus sentimientos.

Se casaron. Se amaron en cuerpo y alma. Discutieron y se reconciliaron una infinidad de veces. Afrontaron tomados de la mano los golpes de la vida. Se entendieron. Se escucharon y se comunicaron de todas las formas posibles. Se expresaban no solo con palabras sino que también lo hicieron con sus miradas. Formaron una familia. Lograron que reír fuera fácil.

## El reencuentro



Las chicas no llevaban muy bien la distancia que las separaba. Saiana permanecía en Ushuaia, Morena se había mudado a Tigre junto a Ulises, y Ainara estaba conviviendo desde hacía unos meses con Joaquín y Sofía en Urquiza. Si bien la comunicación jamás se había perdido, ya nada era igual. Sus trabajos, obligaciones y compromisos les impedían verse personalmente y darse ese abrazo que tanto ansiaban. Por suerte el tan esperado motivo para reencontrarse había llegado: Saiana se casaba con Mateo y los esperaba a todos para compartir ese momento tan importante con ellos. La emoción las embargaba a las tres por igual. Durante meses organizaron todo mediante llamadas, mensajes y videollamadas a través de *Skype*, hasta que el momento de viajar llegó.

Ulises y Joaquín ya se conocían. Sofía se había ganado el corazón de su tía More, como ella la llamaba, y hacía rato que había comprado a Saiana con su mirada inocente. Por eso decidieron sacar todos los boletos de una y así viajar juntos. Los primeros en llegar fueron Morena y Ulises. Una pareja explosiva, de esas que discuten cada dos por tres a los gritos, pero que constantemente se reconcilia. La pelirroja era una fiera, difícil de domar, era lava y él su catarata de agua; cariñoso, paciente, dispuesto a ser el bálsamo para los momentos de rabietta de su mujer. Se amaban sin medida, sin reparos y sin vergüenza. Vivían cada instante como si no hubiera un mañana. Un atardecer, un amanecer, hasta una siesta juntos era suficiente, siempre y cuando estuvieran entre los brazos del otro. En su intimidad no existía la diferencia de edad, los celos; solo había confianza, veneración, felicidad. Ella supo ganarse a los hijos de su pareja. Ellos la adoraban, la respetaban y la idolatraban, no existían motivos para que eso fuera de otra forma.

Unos minutos más tarde arribaron a las instalaciones la dulce del grupo, el de ojitos claros y la niña que tenía a todos a sus pies. Sofía caminaba aferrada a la mano de Ainara, repleta de energía, parlotando emocionada por todo lo que veía y Joaquín, un paso por detrás, observaba el

intercambio de palabras de sus mujeres con adoración. La rubia y la pequeña eran el núcleo de su mundo. Esa pareja era toda calma, un río manso. Mediadores en partes iguales, pasivos y buenos comunicadores. Ella sabía cuándo debía opinar respecto a la crianza de la niña, y él cuándo escucharla y pedirle su opinión. El amor que se profesaban era inmenso, entendedor, comprensivo. Las diferencias estaban, pero ellos siempre llegaban a un acuerdo. El respeto reinaba en su hogar y cuando cerraban la puerta de su habitación el deseo era ensordecedor, envolvente, eran como llamas avivadas por el viento.

No tardaron en ubicarse. Los hombres se saludaron con apretón de manos; en cambio, ellas se fundieron en un abrazo cargado de amistad, adoración y felicidad.

Mientras tanto, Saiana daba vueltas por su casa maldiciendo en todos los idiomas habidos y por haber.

—No lo entendés. No pueden hacerme esto. Ya deberían estar acá. Me prometieron que llegarían unos días antes y ahora me salen diciendo que algo se les complicó y retrasan su viaje. Cuando las tenga enfrente las voy a matar —exclamaba alterada bajo la atenta y divertida mirada de su futuro marido. Mateo estaba al tanto de la sorpresa que las chicas planeaban darle y a pesar de que los nervios de su mujer le producían cierto malestar, no pensaba abrir la boca. Estaba ansioso por ver su carita en el preciso instante en que los golpes en la puerta llamaran su atención.

Saiana estaba prácticamente desquiciada. Los arreglos del casamiento la tenían mal. Se arrepentía de no haber contratado a la organizadora cuando Mateo se lo propuso.

—Gorda, tomate las cosas con calma porque vas a terminar más estresada de lo que estás. Va a salir todo perfecto porque cuidaste hasta el último detalle. No te angusties más. Lo fundamental es que van a estar acá, no importa en qué momento lleguen —expresó acercándose hasta que la envolvió con sus brazos. Saiana respiró aliviada al sentirse protegida por el hombre que tan feliz la hacía.

Los años que llevaban juntos, en ocasiones, no fueron fáciles y más cuando ella, después de un gran susto, recuperó la parte de su memoria que había perdido. Sin quererlo se sumió en una depresión que casi los arrastra a la miseria. Si no hubiera sido por la paciencia, amor y delicadeza de él todo se habría ido a la mierda. Con cautela, él supo ayudarla, acompañarla y volverse su mástil. La sacó del pozo logrando que volviera a sonreír, vivir y disfrutar de los instantes que la vida les regalaba.

—Amor, no quiero que me sueltes, pero tengo que seguir haciendo cosas —protestó con desgana. Se sentía tan a gusto palpando su calor, la infinidad de su comprensión. Apretó más su agarre y frotó su nariz sobre el hueco de su cuello empapándose de su aroma varonil.

—Todo lo demás puede esperar, Sai, mis ganas de sostenerte y brindarte la paz que necesitas no —retrucó masajeando su espalda. Ella despegó la cabeza de su escondite y lo miro. Lo vio como si fuera la única gota de agua en medio del desierto. Reconoció en la profundidad de sus faroles la inmensurable necesidad de pasión y sonrió. Sus mejillas se estiraron con sinceridad, devoción.

—Te amo, Mateo, jamás lo olvides —profesó con veracidad.

—No más que yo a vos —retrucó depositando delicados picos por todo el contorno de su

rostro.

El sonido del timbre los sobresaltó a ambos. A él porque por un instante había olvidado que las chicas estaban en camino, y a ella porque no esperaba visitas. Mateo hizo el amago de soltarla y ella protestó.

—Me acabás de decir que todo lo demás puede esperar, no quiero que me sueltes. A tu lado, refugiada en el calor de tu alma, nada me asusta ni me enerva —el rubio sin querer delatarse, ya que era muy malo mintiendo, le comió la boca de un beso. Un beso de esos que te arrancan la razón, el valor y te marean dejándote fuera de juego.

—No seas zalamera y andá a abrir la puerta, quizás es importante —Saiana le sacó la lengua, lo soltó y se encaminó hacia la entrada.

En el camino el timbre volvió a sonar y ella, bastante molesta por la intromisión y el apuro de quien estaba al otro lado, aceleró sus pasos.

—¿Quién es? —consultó antes de abrir.

—El cartero —contestaron del otro lado. Se encogió de hombros y abrió la puerta llevándose la sorpresa de su vida.

Del otro lado estaban sus amigas, sus hermanas por elección. Se le llenaron los ojos de lágrimas por la emoción que la embargaba. Hacía años que no lograban verse en persona y ahí estaban, separadas por una mínima distancia. Sin siquiera pensarlo se arrojó hacia ellas que la esperaban con sus brazos abiertos. Morena y Ainara, al igual que la castaña, tenían los ojos empañados, el corazón acelerado y los sentidos a flor de piel. Las tres se fundieron en un abrazo colmado de anhelo, cariño, amistad verdadera. Se quedaron durante todo el tiempo que necesitaron tomadas con fuerza, recuperando la compostura y así, sujetas por el lazo invisible que las unía a pesar de los kilómetros, saltaron, chillaron e ingresaron a la casa.

Cuando sintieron que por el momento era suficiente, se dejaron ir. Unos instantes después ya se encontraban recompuestas y hacían las presentaciones pertinentes.

Los hombres se acomodaron en el *living* y ellas, acompañadas por la pequeña, se marcharon a la cocina.

—No puedo creer esto, les juro que hace un rato las quería matar. No entendía porqué estaban retrasando su viaje cuando yo las necesitaba a mi lado. Tenía tantas ganas de verlas —confesó mientras llenaba la pava eléctrica con agua. Las otras dos la observaban sonriendo. La veían tan bien, repuesta, rellenita, en fin, feliz.

—Queríamos sorprenderte y lo logramos, si no hubiera sido por la ayuda de Mateo se nos habría puesto muy difícil —le respondió la pelirroja antes de sentarse en una de las banquetas altas que reposaba junto a la barra.

—Estás hermosa, Sai. Los kilitos de más te sientan muy bien —acotó la rubia haciéndose la distraída con algo que Sofia le mostraba en la *tablet*.

—Hay algo que tengo que confesarles, no quise hacerlo por teléfono porque no lo creí correcto. ¡ESTOY EMBARAZADA! —desembuchó de sopetón, dejando a las otras con la boca abierta. De repente todo en ese ambiente se volvió una locura. Los gritos iban y venían. Las

preguntas salían atropelladamente de los labios de las tres. Los abrazos sinceros se gozaban. Los besos sobre el vientre casi imperceptible no se hicieron esperar. Ainara y Morena se autoproclamaron tías al instante y Sofía solo preguntaba cuándo iba a nacer ese bebé así tenía alguien con quien jugar. Dentro de esa casa se respiraba felicidad, llovía amor y la calidez rebalsaba las paredes.

Desde donde estaban los hombres escuchaban atentamente el quilombo que las mujeres estaban montando en el otro ambiente. A raíz de eso, Mateo, que negaba con la cabeza porque sabía muy bien que Saiana no iba a aguantar mucho el secreto, les anunció a sus acompañantes que dentro de unos meses sería padre y tanto Ulises como Joaquín lo felicitaron sinceramente. La realidad era que Mateo recién los conocía, pero le cayeron muy bien de entrada, y más cuando se encontraba tan pletórico por la noticia que su futura esposa le había dado. No existía nada que lograra opacar la alegría que sentía. Saber que iba a tener un hijo lo llenaba de ilusión. Cuando se imaginaba a su bebé el corazón le latía furioso y por dentro le explotaba una necesidad imperiosa de proteger a esa mujer que lo volvía loco.

Las horas pasaron entre charlas, confesiones, mimos, anécdotas y mucha comida de por medio. En sus rostros se veía reflejado el cansancio, pero las ganas de empaparse del otro los podía más. El tiempo había pasado rápido, tan rápido como esas estrellas fugaces que uno ve y pide un deseo. Pensar que Morena y Ainara un día le rogaron al cielo por la felicidad de su amiga, y al fin eran testigos de que eso se cumplía. Ninguno de ellos pudo apagar la sonrisa que pintaba su rostro. Mateo, Ulises y Joaquín, por ver a sus mujeres tan enteras, y ellas porque querían recuperar el tiempo perdido en tan solo unas horas, la ansiedad las superaba.

Cuando Sofía cayó rendida, Ainara se puso de pie al instante, la tomó en brazos y le preguntó a Saiana dónde podía colocarla hasta que se fueran. Esa declaración le generó cierto desagrado a la dueña de la casa, que recién se daba cuenta que no traían equipaje, pero hizo silencio porque comprendió que cada uno necesitaba su espacio. Acompañó a la rubia hasta su habitación y la observó con admiración mientras acomodaba a la pequeña con infinita ternura. La vio desatar los borcegos de la niña y sacarlos. Fue testigo de cómo la tapó, besuqueó y le acarició el cabello. De forma instintiva se llevó las manos a su vientre, mientras imaginaba cómo sería ella con su bebé.

—Ainara, ¿es difícil ser mamá? —inquirió dudosa. A pesar de estar feliz con la noticia no podía dejar de lado el miedo. No sabía nada de nada sobre niños, ni lo mínimo e indispensable como cambiar un pañal.

—Sai, supongo que es algo que sale de forma espontánea. Sofía no salió de mí, pero la considero mía de todas formas. No puedo decirte cómo hacerlo porque no sé cómo, a mí me nace solo. Lo que sí puedo asegurarte, es que nada se compara con la satisfacción que te da un hijo. Cuando esta chiquita, que ya no es tan pequeña como la primera vez que la vi, me abraza, me tiembla hasta la última célula del cuerpo. Por momentos el miedo me carcome, me aterra la posibilidad de que le pase algo, que se enoje conmigo y deje de llamarme mamá. La maternidad es complicada, es instinto —relató con tranquilidad. Saiana la contempló con las lágrimas a punto de explotar, se palpaba el cariño en el aire.

—No sabes cuánto te admiro, amiga. Verte sonreír a pesar de que la vida, en determinados momentos se ensañó con vos, me llena de orgullo —testificó con sinceridad.

—¿Por qué demoran tanto? —cuestionó la pelirroja entrando en acción e interrumpiendo la

charla que las otras tenían—. ¿Por qué lloran? No me jodan, seguro que están hablando bobadas de madres, ¿no? —pronunció en tono de burla sabiendo que eso las iba a hacer sonreír y lo consiguió—. Fuera de joda, quiero saber qué pasó, el chiste fue para que cambiaran las caras de amargadas que tenían.

—Pasa que estoy cagada de miedo porque no sé cómo ser mamá y al ver a nuestra amiga tan amorosa, detallista y perfecta se me ocurrió preguntarle cómo era. A veces me siento tan inútil que tengo terror a equivocarme y decepcionar a Mateo —reveló sin reparos.

—Supongo que esos sentimientos serán normales, Sai. No puedo decirte lo que necesitas, porque soy la menos indicada, la maternidad definitivamente no es lo mío, no está en mis planes ni lo estará, pero sí puedo decirte que es difícil, por no decir imposible, que ese hombre se decepcione de vos. Si tan solo vieras cómo te mira, te idolatra, está embelesado y eso se refleja en sus ojos. Mateo es un buen tipo, eso está más que comprobado y seguramente va a ayudarte en todo. Pongo las manos en el fuego afirmando que no está al tanto de esto y creo que esta misma noche deberías hablarlo con él.

—Estoy de acuerdo con esta insensible —acotó Ainara con firmeza—. Tenés que hablarlo con él, amiga. Ah, y no soy perfecta.

—Ya lo sé, chicas, ya lo sé, tengo que encontrar el valor para hacerlo, no quiero que me vea como una cobarde.

—Te zarpás, Saiana. No sos ninguna cobarde, a todas las madres les ataca el miedo, es absolutamente normal —finiquitó la rubia antes de abrazarla. Morena se sumó y ambas la sostuvieron mientras se descargaba llorando en silencio. La presión del casamiento, las hormonas alteradas y la sorpresa de esa tarde estaban haciendo mella en ella.

Al otro día se encontraron temprano en aquel local donde años atrás habían almorzado. Desayunaron con calma y cuando terminaron se encaminaron charlando animadas hacia el salón donde le harían la última prueba de vestido a la novia.

Saiana había optado por un vestuario sencillo, por eso su traje estaba confeccionado en *crêpe* elástico, entallado en la cintura, con una ligera cola, de escote barco y los únicos detalles que tenía era un cinturón y unas hombreras visibles de pedrería. Al verla las chicas se quedaron sin palabras porque era precioso, muy ella y le quedaba como un guante.

—Yyyyyy, ¿qué les parece? —les consultó mirándose maravillada frente al espejo. No podía estar más conforme con el resultado, la prenda era tal cual la había imaginado al describirla, simplemente perfecta.

—Amiga, es maravilloso. Te juro que me quedé sin aire al verte.

—¡Dios santo! Te queda pintado. Cuando Mateo te vea, se cae de culo —acotó Morena logrando que las tres comenzaran a reír.

—Estoy sin palabras —reveló antes de que las lágrimas hicieran acto de presencia. Ainara la observaba atónita y Morena negaba con la cabeza. Su amiga estaba muy hormonal, iba desde la risa al llanto en una milésima de segundo.



—Bueno. Bueno. Mejor contanos qué peinado te vas a hacer y si vas a sumar algún accesorio.

—De hecho, tengo turno en la peluquería para la prueba de peinado y maquillaje. Así que mejor me saco esto para que no se haga tarde —resolvió en un santiamén. Las otras dos se miraron desconcertadas.

—Te das cuenta, el embarazo vuelve locas a las mujeres. De a ratos se pone infumable y al segundo siguiente está mariconeando por los rincones. Menos mal que no quiero saber nada de ese temita —comentó por lo bajo para que solo Ainara la oyera.

—Morena, no seas idiota. Es completamente normal lo que le está pasando, hay que comprenderla y saberla llevar. ¡Comportate, carajo! —ordenó mientras la otra imitaba a Saiana frente al espejo haciendo caras y poses raras mientras se mataba de risa.

—¡Ya estoy lista! Podemos irnos —declaró la castaña encaminándose hacia la salida del local y sus amigas la siguieron.

Después de recorrer medio Ushuaia en busca de cosas, las tres estaban agotadas. Ainara rogaba por un descanso entre los brazos de su cielo. Morena no veía la hora de retozar junto a su madurito y la novia no paraba, rebalsaba de energía.

Sin darle lugar a réplicas, la pelirroja y la rubia mandaron a la novia a su casa y salieron disparadas para el hotel en donde sus hombres las esperaban.

Se despidieron al bajar del ascensor y con ansiedad se encerraron en sus cuartos.

—¡Ya era hora, colorada! Estaba por salir a buscar compañía —pronunció Ulises sonriendo ni bien la vio entrar. Sin demorar Morena se desprendió de las prendas y se arrojó a sus brazos. Él, encantado, la recibió. Esa pendeja, como él la llamaba en la intimidad, lo hacía sentir vivo, eufórico. Halló en ella una compañera, una confidente, una mujer con la que se podía hablar de todo, que siempre estaba dispuesta a dar su opinión, si se la pedían.

Al otro lado del piso Ainara ingresaba arrastrando los pies a su habitación. Estaba molida. Echó un vistazo hacia el interior del cuarto y encontró a las dos personas que más amaba en el mundo, acostados en la cama grande. Sofia, con sus diez años recién cumplidos, estaba a punto de quedarse dormida y Joaquín le acariciaba el cabello con cariño. Sonrió con devoción ante la imagen que sus ojos captaban. Dejó la cartera sobre una silla, se deshizo de las zapatillas y con lentitud se acercó a ellos. La niña estiró su manito y ella la agarró embelesada. Se recostó del lado vacío, se puso de costado y automáticamente los dedos de su mano libre se entrelazaron con los de su hombre.

Los momentos fueron pasando poco a poco. Reservaron en su mente imágenes que jamás se borrarían. Fortalecieron aún más el vínculo que las unía viendo cómo las personas que amaban se conocían y entablan una buena relación. Rieron hasta el cansancio. Pasearon cuando tenían ganas de hacerlo o simplemente se amontonaban en la sala de la casa de Saiana para mirar películas hasta el agotamiento. Nada se comparaba a lo que había sido. Muy lejos quedaron los malos recuerdos y muy cerca estaban los buenos. A su alrededor todo era dicha, amor y cariño. Aquella ciudad en el fin del mundo, que las había visto cambiar, hoy era testigo nuevamente de cuanto sus vidas habían mejorado.

El día había llegado. Saiana se despertó más temprano de lo usual. Los nervios y la ansiedad la

habían mantenido prácticamente toda la noche desvelada. Mateo la observó desperezarse con admiración, si bien para él un papel no cambiaba nada, para la mujer que le regalaba más de una dicha era importante y no existía algo que él no haría para verla sonreír. Estaba enamorado y cuando uno lo está, pierde la cordura, el egoísmo y el poder de decisión individual. Nada vale más que el compañerismo, la bondad, el sacrificio y la felicidad. Cuando se ama ya no estás solo, no sos uno, sino que te sentís completo, unido, fuerte e invencible y ellos muy pronto serían tres. Sonrió con cariño, frente a ese último pensamiento, y ella le devolvió la mueca. Con calma, sincronizados, como si estuvieran en la mente del otro se acercaron, se desearon, se amaron con la mirada y se lo dijeron con el calor de los besos. Una vez más la fuerza de las demostraciones hizo acto de presencia y les dejó bien en claro que no había poder alguno que le diera fin a lo que corría por sus interiores.

Los buenos días fueron susurrados. Las palabras entonadas con la voz del amor y esos corazones que latían al compás, desde hacía algún tiempo, estaban más enlazados que nunca.

La mañana se pasó en un abrir y cerrar de ojos. Saiana, junto a sus amigas, supervisó que todo estuviera como quería en el salón de aquel hotel que los había visto descubrirse.

Regresaron a la casa para alistarse. La primera ceremonia era la del civil y para esta, todas habían optado por modelos sencillos y que tuvieran algo del mismo color que el vestido de la novia, todo por pedido de ella, obvio. El tono elegido fue el rosa viejo, este estaba en el cinturón del mono de Morena y en el encaje de la blusa de Ainara.

La ceremonia fue formal, emotiva y breve dentro de las paredes del registro civil. Los “sí, acepto” estuvieron acompañados de lágrimas de felicidad y al abandonar la instalación el arroz hizo acto de presencia. Dicen que es símbolo de fertilidad, abundancia y prosperidad, el primero ya se le había dado a la pareja. El fotógrafo captó como el experto que era cada una de las expresiones que allí se vieron, las retrató para que el día de mañana no solo fuera un recuerdo para contar, sino que tuvieran algo que mostrar junto a la anécdota.

Los hasta luego no tardaron en llegar, todavía les esperaba una larga tarde por delante, antes del momento crucial, del broche de oro: la iglesia.

Al llegar a casa solo los más íntimos compartieron un *lunch* y en ese momento los recién casados, animados por las miradas de sus amigos, les dieron a los demás la noticia que tan felices los hacía. Los padres de él saltaron de alegría al saber que serían abuelos. Carmen, con los ojos empañados de lágrimas abrazó con fuerza a su nuera dándole al oído las gracias por haber llegado a sus vidas. Miguel, el padre de Mateo, alzó en brazos a su hija, porque así consideraba a la mujer que desde que apareció solo les traía dicha, y la hizo girar en el aire.

A una distancia prudencial, Ainara y Joaquín observaban la escena con júbilo, ellos también tenían algo para decir, pero esperarían hasta que en esa casa solo quedaran los más íntimos.

Morena y Ulises veían cómo los presentes felicitaban a los novios, por el casamiento y por el bebé que venía en camino con sinceridad, pensando en su relación, en cómo jamás vivirían algo como eso porque así lo querían, eso elegían. Él, porque ya había vivido esa situación y el resultado no fue positivo, por lo menos no con su paso por el altar. Ella, porque no creía que unos papeles cambiaran algo y la bendición de una persona que profesa en nombre de un dios tampoco y de hijos ni hablar, no quería saber nada con tal responsabilidad, se sentía un alma libre y desde su punto de vista, le gustara a quien le gustara, creía que traer una persona al mundo la ataría de

muchas formas.

Alrededor de las catorce horas, Mateo cerraba la puerta de entrada después de despedir a sus padres. No veía la hora de remplazar la ropa que traía puesta por un jogging y una remera. A mitad de camino se cruzó con la mujer de su vida que ya venía libre de incomodidad. Se quedó estático observándola, preguntándose cómo había tenido la suerte de que ella lo eligiera, que lo amara. Saiana había remplazado el vestido por una calza y un *sweater* que le llegaba hasta las rodillas.

—Hola —entonó sonriendo, sintiéndose pletórica—. ¿Cómo tengo que llamarte ahora? ¿Señor marido, quizás? —inquirió con sorna mientras se acercaba a él.

—¿Se comió a un payaso, señora esposa? —preguntó con altanería a la par que la sujetaba de la cadera. Saiana rio con júbilo al llegar a sus brazos. Estaba feliz, repleta de amor.

—No, gordo, no me comí nada, me siento exultante y un poco nerviosa por lo que falta —los labios de Mateo asaltando su boca frenaron las palabras que ella exponía. Sus cuerpos fueron recorridos por la misma corriente que siempre los envolvía al tocarse. La sangre alterada como el mar atacado por una tormenta les recorría las venas. Las manos de ella sujetaban con delicadeza la piel de la nuca de él. Sin saberlo, ignorándolo, se buscaron hasta que se encontraron para caminar juntos, para compartir la eternidad, tomados de la mano. Con la respiración alterada, sonriendo por la intensidad del beso reposaron las frentes juntas. El rubio la sostuvo con determinación y uno al lado del otro, sin soltarse, se dirigieron hacia el living.

—Al fin, tortolitos —anunció para molestar Morena—. Estábamos esperando que se dignen a aparecer y acabo de perder una apuesta —comentó ella sentada sobre las piernas de su pareja.

—¿Una apuesta? —inquirió el recién casado dejándose caer en el sillón.

—Esta boluda le apostó a Joaquín quinientos pesos porque según ella no volvían hasta dentro de una hora, luego de sacarse las ganas que se tienen —acotó Ainara con naturalidad acostumbrada a este tipo de bromas.

—Definitivamente estoy perdiendo facultades, me pongo vieja —chilló la pelirroja logrando que todos comenzaran a reír. En la casa se respiraba alegría y contra eso nada podía.

—Queremos darles una noticia —reveló Joaquín en tono contundente. Miró a su rubia y sus manos se buscaron hasta que se prendieron con fuerza. Los demás inmediatamente se callaron y dirigieron toda su atención hacia ellos. Ainara tragó saliva, incómoda, había cosas que le costaban asimilar y ser el centro de atención era una y en esta ocasión el miedo hacia las respuestas de sus amigos se le sumaba—. Desde hace unos meses venimos evaluando la posibilidad de adoptar un bebé y ayer decidimos que lo vamos a intentar —desembuchó él, orgulloso. Amaba a su mujer y haría hasta lo imposible por conseguir que ella se sintiera plena, más completa de lo que decía estar.

—Sabemos que es difícil y que nos va a llevar tiempo, sobre todo, porque yo quiero que sea recién nacido o esté dentro de los primeros años de edad. En el caso que no lo consigamos dentro de esas opciones vamos a luchar por un niño más grande. Sofia está de acuerdo, de hecho, quiere un hermanito, ya lo pidió en varias ocasiones y al enterarse de tu embarazo —confesó mirando a Saiana—, nos lo repitió, ese fue el empujón que nos faltaba —finiquitó con la voz quebrada. Estaba emocionada, sensible.

—¿Por qué no una inseminación, o como se diga? —cuestionó Morena. Ulises le pellizcó la pierna y la miró con desaprobación—. ¿Qué, pa? Mi pregunta no tiene nada de malo —rezongó.

—Lo consultamos con el médico y no nos pudo asegurar que dé sus frutos. Luego de eso me negué rotundamente, no quiero verla sufrir y que se haga ilusiones en vano es un motivo para que se siga castigando por algo que no puede manejar, que no eligió —sentenció Joaquín, pacífico. Miró a Ainara y al ver que sus ojos estaban repletos de lágrimas no derramadas la cobijó con posesividad.

Cuatro pares de ojos observaban la escena con intensidad. Los hombres admirando la paciencia y el coraje de él. Las mujeres con el corazón debilitado por el castigo que su amiga vivía. No era la primera vez que la veían en ese estado, ni que hablaban del tema, aunque esas charlas habían mermado, hasta desaparecer desde que Sofía apareció en su vida.

—Saben que siempre van a contar con nuestro apoyo para todo lo que necesiten o quieran hacer. Estamos acá, al pie del cañón en todo. Somos una familia y la unión es fundamental, la distancia no cambia eso porque el amor no entiende de medidas físicas —manifestó Saiana mirando a sus amigos con cariño.

—Yo me ofrezco para llevar los papeles de adopción. No es mi rama, pero en el estudio tengo un colega que es una eminencia —decretó Ulises, queriendo colaborar.

—Eso sería genial, necesitamos un abogado de confianza —agradeció Ainara ya repuesta, regalándoles a todos una mueca tranquilizadora.

—Dejemos las lágrimas de lado y brindemos por todo lo bueno que está pasando y está por llegar. ¡La familia se agranda! —festejó la pelliirroja aplaudiendo.

Los abrazos de contención no se hicieron esperar. Las miradas de asombro tampoco. Las palabras necesarias y dichas en momentos exactos no faltaron. Cuando se elige con el corazón no hay fuerza superior que pueda romper las cadenas invisibles que se forjaron con amor.

Luego de una tarde intensa, colmada de noticias, charlas, brindis, preparativos, nervios y ansiedad la noche había llegado. A las veinte horas la iglesia se encontraba repleta de invitados y curiosos, entre ellos, y en primera fila observando al novio con burla, por su andar torpe, los amigos. Fuera de las puertas de la edificación la modista acomodaba el vestido de una novia radiante que sujetaba el ramo de rosas blancas con brío con su cabello sujetado en un moño alto con volumen, decorado con una diadema joya confeccionada con la misma pedrería del traje. Miguel, su suegro y quien tenía el honor de llevarla hasta el altar, la veía con los ojos empañados de orgullo. Saiana inspiraba y expiraba sacudiendo los hombros para aliviar la tensión que sentía en el cuerpo, no podía evitar ser temerosa y que los recuerdos del mal trago que una vez había probado la asaltarán.

—Hija, es hora. ¿Estás lista? —consultó él con amabilidad, poniéndose a su lado con el brazo doblado para que pudiera agarrarse. Ella asintió con la cabeza, la música comenzó a sonar y las puertas fueron abiertas.

Dentro, todos se pusieron de pie con las primeras notas de la banda sonora de “Hasta mi final” de *Il Divo*<sup>[2]</sup>, tema elegido por el novio por la letra. Saiana sonrió sorprendida al escucharlo, no se esperaba esa elección.

Emprendió su marcha con lentitud, con una calma que no sentía. Fijó la vista en su compañero, en el hombre que la complementaba, que la hacía levitar, mientras su suegro la sostenía con cariño.

Uno... dos... cinco... diez... quince... veinte pasos y estuvo frente a él que la contemplaba con los ojos acuosos. Todo a su alrededor era luz, brillo. Miguel se la entregó y juntos, aferrados con fervor se plantaron frente al cura que les daría la bendición.

La ceremonia fue corta, emotiva. Dentro de las paredes de ese templo sagrado se respiraba amor, se palpaban las promesas, se vivía un momento sublime, que siempre atesorarían dentro de sus recuerdos y esto no solo aplicaba en los novios que acababan de dar el “sí, quiero”, sino también para todos aquellos que los querían y disfrutaban de su felicidad.

La noche dio paso, en medio de la su oscuridad y con la luna de testigo, a una fiesta donde la diversión y las tradiciones -como el vals, las ligas y el video con fotos- fueron, junto a ellos, los protagonistas. Saiana y Mateo explotaban de felicidad, sus amigos y familiares también. Comieron, bebieron, rieron, y bailaron hasta que los pies dijeron basta.

Los invitados poco a poco se fueron despidiendo y la celebración llegó a su fin. Las tres parejas abandonaron el salón bien entrada la madrugada haciendo comentarios más que favorables hacia la organización que la novia había logrado, todo había estado perfecto. Cada uno tomó su rumbo. Morena, Ulises, Ainara y Joaquín subieron a sus habitaciones. Saiana y Mateo, se montaron en el *Uber* que aguardaba por ellos para conducirlos a su hogar. Eso sí, antes de separarse se prometieron que al despertarse se volverían a reunir. Aún les quedaban algunos días por compartir y los aprovecharían al máximo.

—Pa, ¿el alquiler de vientre es legal en Argentina? —le consulto Morena a Ulises mientras permanecían recostados luego de despertarse. Él la observo desconcertado, sin llegar a comprender porque preguntaba eso.

—Sí, amor, es absolutamente legal. Hay una nueva disposición en el código civil de Capital que autoriza a inscribir los nacimientos producidos por dicho método. ¿A qué viene tu pregunta? —formulo poniéndose de costado para poder ver las expresiones de ella con libertad. Morena sopesó lo que iba a contestar a raíz de eso que venía dándole vueltas en la cabeza desde el día anterior. Quería ayudar a su amiga, solidarizarse con ella, darle la posibilidad de ser madre sin tener que recurrir a los tiempos de las adopciones, los cuales eran largos, agotadores y destructivos.

—¿Estarías de acuerdo si le ofrezco mi vientre a Ainara y Joaquín para que puedan ser padres? —inquirió con cierto temor, le aterraba que él se negara.

Ulises se estremeció de orgullo. Su pelirroja no dejaba de sorprenderlo, la bondad de su corazón para con sus amigas era infinita. La tomo de la cadera con ahínco y elevó a su altura para poder venerarla. Se deleitaron con la vista, diciéndose con una mirada lo que sus labios no expresaban.

—Sabes bien que contas con mi apoyo para todo lo que quieras hacer y más si se trata de esto. No puedo estar más orgulloso de vos, fiero, sos inmensurable.

—No seas exagerado, amor —refuto sonriendo —Gracias por ser mi pilar. Te amo.

—No tanto como yo a vos —retruco para provocarla.

Morena en un impulso se subió arriba de él, sujeto sus muñecas y lo mantuvo preso embebiéndose de su belleza.

—¿Quién tiene el poder? Señor, abogado.

—Usted, señora, siempre usted —contesto anonadado por la intensidad de sus sentimientos. La pelirroja se desarmo en una sonrisa cariñosa, de esas que solo le pertenecían a su madurito.

Más tarde, las tres se encontraban sentadas en la alfombra de living de la casa de Saiana tomando un café acompañado de chocolates, bolitas de cereal y masas secas. Reían sobre algunas anécdotas que acumulaban y disfrutaban de la compañía. Morena estaba ansiosa por hacerle su propuesta a la rubia a pesar que no sabía como se lo tomaría y se aceptaría. Se armó de valor, seriedad y haciendo acopio de todo su desparpajo, arrojó las palabras.

—Amiga, me gustaría darte mi vientre para que tengas un hijo —desembucho interrumpiendo las carcajadas que las chicas emitían en ese instante. Ainara enmudeció, se puso pálida de golpe y los ojos se le llenaron de lágrimas. Su mente quedo en blanco mientras procesaba la bomba que Morena acababa de soltar sin anestesia. En cambio, Saiana sonrió con ternura ante la postura de la pelirroja. Ella misma había pensado en lo mismo, pero, por más que deseara secundar a la rubia, su estado no se lo permitía. El silencio bañó la estancia que segundos antes estaba colmada de jolgorio.

—¿Estás hablando enserio? —susurro Ainara sin poder creer lo que había escuchado.

—Obvio que sí, no soy tan hija de puta para joder con algo tan importante para vos. Saben bien que soy media especial, pero ustedes son mis hermanas, dos pilares de mi vida, son quienes estuvieron cuando nadie más lo estaba y si encuentro la manera de retribuir eso lo voy a hacer y está en una forma de llevarlo a cabo. Se cuanto significa, cuanto lo deseas y yo puedo aportar mi granito de arena para que se haga realidad.

—¡Dios! No lo puedo creer. Hablamos de esto con Joaquín, pero me costaba aceptar el ingreso de alguien que no conocemos a nuestra rutina, porque sabemos bien que luego de semejante acción no podríamos mentirle a nuestro hijo sobre su llegada al mundo y nos gustaría que la mujer que me diera posibilidad de ser madre, fuera, de alguna forma, parte de su vida. Que esa persona seas vos, mi amiga, mi hermana, sería un honor, el mejor regalo del universo —concluyo con la voz estrangulada por el llanto mudo que la asaltaba.

—Estoy tan orgullosa de ustedes. Son lo mejor de lo mejor y las adoro hasta el infinito —acoto la castaña feliz.

—Genial. Hablalo con tu marido y después nos contas. Si aceptan, Ulises se va a encargar de todo lo legal, ya está al tanto de todo.

—Gracias, More, muchas gracias por esto. No tenes ni idea de la alegría que acabas de brindarme.

—Sí, lo sé, por eso lo hago.

Las tres se sujetaron las manos con fuerza, con afecto, con las emociones alborotadas por todo lo que iba a llegar.

Los momentos sucedieron uno detrás de otro. Ponerse al corriente no fue una tarea difícil. Nuevamente aquella ciudad en el fin del mundo acobijó a esas mujeres que años atrás la habían visitado buscando un respiro, sellando así un destino que desconocían, descubriendo aventuras que no se imaginaban ni esperaban, encontrando la magia del amor, de la eternidad. Los astros se habían conjugado para que ellas, en esas tierras, obtuvieran la infinitud de la alegría.

Saiana formó junto a Mateo una familia repleta de comprensión. Un solo hijo no les bastó, sumaron a su ruidoso hogar dos más y esos tres niños revoltosos hicieron de sus vidas algo maravilloso.

Morena y Ulises viajaron por el mundo, recorrieron kilómetros y kilómetros de caminos y se empaparon de cada cultura por la que pasaron antes de establecerse nuevamente en Buenos Aires para disfrutar de los nietos, que ella, en especial, malcriaba.

Ainara y Joaquín lograron tener un hijo gracias a la generosidad de su amiga. La rubia dedicó su tiempo a criarlo, educarlo y a hacer de él y de Sofía dos seres de luz, pacíficos y amorosos, todo lo contrario, a los de Saiana. Él pasó cada segundo de su existencia velando por ellos. Sofía creció, se convirtió en una joven responsable, siguió siendo dicharachera y siempre ayudó en todo lo que pudo a sus padres.

Ellos, todos, a su forma y manera, con virtudes y defectos, obtuvieron su final feliz. Encontraron la calma en medio de la tempestad y comprendieron que hay cosas que se hacen esperar, pero que esa espera vale la pena porque si el destino lo tiene previsto, sucederá.





## Un sueño hecho realidad



Transcurrían los primeros días del mes cuando Ainara, Joaquín, Morena y Ulises ingresaban a la clínica en donde le harían a la pelirroja la transferencia embrionaria. La evaluación previa determinó que era apta para recibir el embrión, al igual que el informe del especialista de la unidad psicológica, todo fue positivo. La parte legal ya estaba lista. El consentimiento previo, informado y libre, en el cual quedó establecido quiénes eran los padres del futuro bebé, y quién solo prestaba su vientre para la gestación ya había sido presentado y aprobado por un juez, siendo así notificado de la situación y no quedase lugar a duda sobre quiénes serían los responsables del aún no nacido. El abogado les explicó con anterioridad que tanto el tratamiento, como el nacimiento debía ser en la ciudad, que la gestante tenía que expresar de forma anticipada no tener voluntad de ser madre y que era indispensable que la inscripción se hiciera en forma preventiva, figurando los datos de la gestante, pero no como madre del menor, sino a los efectos de dejar constancia. Eso solo había sido una parte, solo un comienzo; y lo que ellos, dejando de lado a Ulises, comprendían con soltura.

La secretaria de la médica ginecóloga especialista en reproducción asistida los atendió con amabilidad, con una sonrisa colmada de ternura y comprensión. Los cuatro aguardaron en la sala de espera charlando de infinidad de temas; relajados, felices, ansiosos y un poco nerviosos.

Cuando fue el turno de ingresar al consultorio para llevar a cabo el procedimiento, Morena se puso de pie, saludó a su pareja y le extendió la mano a Ainara para que la acompañara. Ese era su momento, solo de ella y de nadie más. Morena imaginaba que la acción que se estaba por llevar a cabo, era como si ella también se estuviera embarazando. La rubia se aferró de los dedos de la pelirroja con agradecimiento, le regaló un delicado roce de labios a Joaquín, acompañado de una espléndida sonrisa, y juntas entraron a la sala. La doctora Guzmán las recibió con alegría, para ella poder hacer este tipo de procedimientos era un regalo y más si quienes estaban involucradas eran amigas, familia.

—Bueno, señoras, llegó el momento. ¿Hicieron todo como lo indiqué? —consultó la profesional bajo la atenta mirada de las chicas que seguían tomadas de la mano.

—Sí —contestaron al unísono riendo.

—Hicimos ejercicio moderado, dieta equilibrada, reducimos el estrés con yoga, no tomamos

alcohol ni cafeína y evitamos el tabaco y, por último, tenemos actitud positiva y nuestro estado de ánimo está por las nubes —enumeró Ainara.

—Voy a denunciar a esta explotadora. Se instala en mi casa durante el día, escondió la cafetera, redujo mis raciones de chocolates, y para completarla mi marido la apoya en todo. Así no se puede, ya le aclaré que mientras lleve a su bebé dentro me voy a comer todo lo que encuentre y más le vale que se tome el trabajo de acercarme hasta el Shopping Unicenter para devorarme unas buenas patas de pollo fritas, ya se me antojan —acotó la pelirroja con diversión demostrando así su buen humor.

—Perfecto, me encanta cuando las pacientes son aplicadas —anunció la doctora riendo por las ocurrencias de la gestante—, Morena, en el baño están las batas, por favor, prepárate para que pueda hacer la ecografía y ver el crecimiento endometrial para poder proceder a hacer la transferencia —pidió con determinación.

Y así lo hizo, minutos más tarde ya se encontraba recostada en la camilla haciendo muecas por el gel frío que la doctora desparramaba sobre su vientre.

—Y yo que creía que no iba a volver a pasar por estas cosas, acá estoy —comentó como si nada, rememorando imágenes de su pasado. Ainara la sujetó trasmitiéndole toda su fuerza. Comprendía que en cierta medida esto podía ser difícil para su amiga y la admiraba por todo.

—Futura mamá, todo está en condiciones para proseguir —le comunicó a la rubia que estallaba de emoción, luego de supervisar cómo se hallaba todo dentro del útero—. Vamos a implantar dos embriones, es lo recomendado como ya les comenté con anterioridad, no queremos un embarazo múltiple, ¿o sí? —inquirió con diversión. La pelirroja observó a su amiga con preocupación; mientras ella, para engañarla, actuaba como si lo meditara.

—No, Carla, no lo queremos. Tanto Joaquín como yo estamos felices con tener solo uno, fuera de eso a mi incubadora humana le agarra algo si le digo que quiero dos de un tirón —finiquitó con sorna. Morena respiró aliviada al escuchar las palabras de su amiga y sonrió ante el apodo que ella misma se había autoimpuesto, y que la futura mamá poco usaba.

—Buena decisión, es complicado criar a dos niños a la misma vez, te lo digo por experiencia —testificó.

—Bueno, dejen de hablar como si no estuviera y sigamos, estoy un poco ansiosa.

Las tres sonrieron y la especialista se dispuso a preparar todo para hacer la implantación. Cuando tuvo los embriones dentro del catéter lo introdujo hasta llegar al útero y los depositó cuidadosamente en el lugar adecuado. Morena permanecía con los ojos cerrados, ajena a las expresiones que pasaban por el rostro de su amiga, dándole privacidad para que disfrutara de la gestación de su bebé. No sintió ningún tipo de dolor, solo una leve molestia que pasó casi desapercibida. Ainara respiraba con alteración, rogándole a Dios que la acompañara en este proceso. La satisfacción que sentía en ese instante no se comparaba con nada que hubiera experimentado en el pasado. El amor, el agradecimiento, el orgullo, se escapaban de sus poros, se deslizaban en forma de lágrimas por su rostro, se hacían tangibles en el temblor de su cuerpo.

—Listo, chicas, ya terminamos. Es necesario que te quedes media hora recostada, luego de eso ya podés irte a casa y hacer vida normal —resolvió arrojando los guantes usados en el tacho de residuos. Ellas asintieron con la cabeza, en silencio, rumiando las sensaciones que las arropaban.

La doctora se retiró, las dejó solas para que pudieran expresarse sin reparos.

—¿Estás bien? —le preguntó Ainara a Morena preocupada porque la veía con los parpados caídos.

—Sí, amiga, ¿vos? —respondió expulsando el aire que contenía.

—La verdad, no sé cómo expresar lo que estoy sintiendo dentro del pecho. Mi interior es como

una coctelera, hay infinidad de sentimientos arremolinados, chocando unos con otros, mareándome —esa confesión hizo que la otra abriera los ojos de golpe y la mirara con fijeza.

—¡Madre mía! Decime que no estás arrepentida de esto, porque me la coso. Yo no quiero hijos, esto es solo por vos, para que te sientas completa. Los bebés que acaban de implantar en mi interior son tuyos y de Joaquín, no míos, no me vayas a salir con una idiotez del tamaño de la galaxia porque me da un síncope ahora mismo —expresó sin respirar, atacada de los nervios. Ainara frunció el ceño ante todo lo que acaba de escuchar.

—¿Te volviste loca del todo? Cómo mierda voy a estar arrepentida, todo lo contrario, Morena, no podría estar más feliz. La dicha que acabás de darme, la inmensidad de lo que estás haciendo por nosotros no tiene alcance, no encuentro una palabra que le haga justicia a lo que estoy experimentando —refutó con seguridad, siendo consciente de que su amiga no comprendía el porqué de su estado. Ambas lloraban entremezclando sus sensaciones.

—Menos mal, ya me estaba dando algo —confesó la pelirroja con alivio—. En dos semanas sabremos si esto funciona, presiento que el tiempo será eterno, gorda.

—No te das una idea de lo eterno que será —expuso con ansiedad—. Llamemos a Saiana antes de que se descomponga.

Ainara abrió el WhatsApp y comenzó una videollamada con la castaña que atendió al primer tono. Las tres se enfrascaron en una charla amigable, como siempre, la distancia no podía con su amistad, con su afecto. En un momento Sai se levantó la remera y dejó ver cómo avanzaba su embarazo y justo en ese instante, su bebé, al escuchar las voces de sus tías, empezó a zarandearse.

—No para, les juro que a veces creo que va a romper la piel de mi vientre de tanto estirarse. Es muy inquieto, no quiero ni imaginarme lo que me espera si ahora es así —se lamentó frotando las protuberancias que sobresalían con los movimientos.

—Ni lo digas, tus estrías me dan miedo. Después de esto voy a tener que someterme a mil tratamientos para borrar las evidencias —concluyó Morena mirando la pantalla con resquemor.

—Es una exagerada, ya veo que voy a padecer todo esto como si realmente lo estuviera viviendo en carne propia —expuso la rubia negando con la cabeza.

—No lo dudes ni por un instante, Ainara, creíste que te la ibas a llevar de arriba y nada que ver —finiquitó la pelirroja, divertida.

—Ustedes no cambian más. Las extraño tanto, si no fuera porque el médico me mandó a hacer reposo, ya estaría ahí. Me aburro encerrada todo el día. Ni bien nazca este pequeñín y me den el ok, salgo rajando para allá. No quiero perderme el avance de este sueño que tanta ilusión nos da.

—Acá te esperamos, Sai, ahora tenés que cuidarte y proteger a nuestro sobrino, ya falta poco para que nos veamos personalmente, nos abracemos y compartamos tiempo juntas.

—Estoy de acuerdo con Morena, solo un poco más y lo tenemos con nosotras —agregó Ainara justo antes de levantar la vista y ver a Carla ingresando al consultorio—. Amiga, tengo que cortar, la doctora ya está acá.

—Bueno, más tarde hablamos. Dale las gracias por todo a esa mujer, estoy ansiosa por conocerla.

—No hace falta, ya te escuchó y también te saluda. Un beso, Sai, te quiero.

—Yo también te quiero, descerebrada, cuidate —comentó Morena antes de que la otra finalizara la llamada y guardara el aparato en el bolsillo de la cartera.

—Por lo que veo está todo más que bien por acá, ya pueden irse a casa. Las espero dentro de dos semanas para realizar la prueba de embarazo. Ante cualquier inconveniente me llaman, no importa la hora que sea —determinó la especialista con convicción.

—¿Puedo pararme sin problema? No se van a escapar, ni mover los embriones, ¿no? —

cuestionó Morena ya sentada en la camilla. Carla, sin poder evitarlo, se rio ante semejante ocurrencia y Ainara abrió los ojos asombrada.

—Desde este segundo podés hacer vida normal, evitando los golpes, la malasangre y los esfuerzos.

—Ok, entonces nos vemos en unos días —respondió a la par que se giraba y acomodaba para descender.

—Así es, mi secretaria tiene todo el papelerío para entregarles. ¡Hasta pronto!

—Hasta luego, Doc. Gracias por todo —acotó la rubia con sinceridad, acercándose para abrazarla. Tomó a Carla de los hombros y la estrechó con cariño, la acción fue devuelta con la misma intensidad. Ambas se sonrieron al separarse y al fin la especialista pudo volver a abandonar la sala. Ainara, aún con las emociones recorriendo su piel, regresó junto a su amiga para ayudarla a vestirse.

Quince albas después, los cuatro aguardaban el resultado que la doctora estaba por darles. Ellas sentadas en el centro, ellos a los costados, protegiendo a sus mujeres. Ainara temblaba del miedo, temía que le robaran la maravillosa oportunidad que su amiga le estaba brindando. La noche anterior no pudo dormir por culpa de la ansiedad que la asaltaba, todo lo que estaba sucediendo parecía un sueño y saber que de un segundo a otro podría despertarse, la aterraba. En cambio, Morena, por su parte, logró descansar a pesar de que también estaba asustada, pero lo suyo pasaba por otro lado. Esto no era propio, no era su sueño, ni era lo que ella deseaba, al menos, no personalmente, lo anhelaba para su hermana, para aquella mujer que no se merecía el castigo que Dios le impuso. Aferradas con esperanza observaron cómo Carla miraba la pantalla sin expresión alguna, actitud que las desesperaba. Joaquín no sabía cómo actuar, quería girar el monitor y leer con sus propios ojos lo que el destino les deparaba. Ulises vivía la situación como si le perteneciera, ya había estado en la piel de los futuros padres y entendía que encontrarse en la nebulosa del no saber era por demás alterante. Dos pares de corazones latían furiosos cuando la doctora estiró sus labios y les dejó ver una sonrisa alentadora, colmada de buenas vibras. Se demoró en darles la respuesta que tanto esperaban; por un instante palpó la incertidumbre que sus pacientes emanaban y al ver que ellos no lo soportaban más anunció lo que tanto querían escuchar: el tratamiento había funcionado y en unos meses llegaría a este mundo su tan aguardado bebé.

Ainara se levantó de un salto y se arrojó a los brazos de su cielo, que la recibió con la cara bañada de lágrimas. Palabras como: lo logramos, al fin vamos a tener lo que tanto soñamos, te amo y gracias eran susurradas entre ellos. Sus labios se buscaron con avidez, de forma vertiginosa, hasta que se encontraron en medio de un manantial de absoluta felicidad, saciando su indomable amor.

Ulises se acercó hacia su mujer, se puso de cuclillas a su lado y la vio como la heroína que era, como esa dama que dejó de lado sus ideales para brindarle a una de las personas más importantes de su vida lo que más quería en este mundo, mundo que a veces era despiadado y cruel. Ella sujetó las manos de su madurito con garra, estaba pletórica; sí, señores, pero su alegría ni por asomo se comparaba a la de su amiga. Era tan diferente e intenso a la vez.

Cuando Morena sintió el roce de la yema de los dedos de Ainara detenerse sobre la piel desnuda de su hombro se estremeció, un escalofrío la recorrió entera. ¿Y ahora? Se preguntó. De golpe, un pavor terrible la asaltó, empujándola a esconderse en un rincón mirando de lejos la batalla furiosa se llevaba adelante en su interior. ¿Y si no lograba retener a ese bebé, si algo le pasaba, si lo dañaba o lo perdía?, no quería decepcionar a su amiga. ¡Dios! Le encantaría poder meterse en una burbuja donde nada ni nadie afectasen a la ilusión que llevaba en su vientre. Sin

verlo venir comenzó a sufrir los síntomas de un ataque de pánico, esos que ya creía olvidados después de tantos años. Hiperventiló ante todos los presentes que la observaban desconcertados sin saber cómo actuar. Automáticamente, Carla los echó de la sala para poder calmarla. Con suavidad, paz y atención la llevó poco a poco a la realidad, la ayudó a mantener el aire entrando y saliendo de forma correcta, le secó el sudor helado de las palmas, le susurró palabras que la orillaron al estado de relajación exacto. Le pasó un vaso de agua y Morena sorbió bien despacito hasta que el nudo de su garganta se disolvió y la dejó hablar.

—¡Qué bochorno, por favor! Hacía mucho tiempo que no sufría un ataque, me agarran frente a situaciones que temo se me escurran de las manos —entonó a la par que giraba su cabeza en busca de los demás—. ¿Dónde están todos?

—Les pedí que salieran para que te tranquilices. ¿Querés contarme qué te asusta? —interrogó con precaución. Ella tragó con fuerza y volvió a llevarse el vaso a los labios dejando correr el líquido.

—¿Y si algo le sucede al bebé? Me paraliza saber que si esta semilla no germina Ainara va a quedar devastada, no puedo decepcionarla.

—Es normal lo que te preocupa, les pasa a todas las mujeres y a las que se hallan en tu tesitura, más. Es fundamental que lo hables con la futura mamá, con tu marido o con un especialista. No te lo guardes para vos porque va a ser peor. Confía en que todo va a salir como Dios lo quiere, con su colaboración y la de la ciencia vamos a lograr que Ainara tenga a su bebé en brazos —determinó—. Los voy a hacer pasar antes de que tiren la puerta abajo, tu marido no estaba muy contento con mi accionar. Morena asintió con la cabeza, dejó el vaso sobre el escritorio, movió el cuello para ambos lados y esperó a sus acompañantes, que en ese segundo ingresaban asustados.

El primero en posarse junto a ella fue Ulises que la miraba con posesión, cuando descubrió que se encontraba bien a simple vista se distendió un poco y le cedió espacio a la rubia que estaba alterada por demás.

Ainara se paró frente a ella y le ofreció el refugio que necesitaba. Se puso de pie y se abrazaron. Se fundieron una con la otra. Se convirtieron en una sola persona. Compartieron lo que sentían en medio de un silencio dócil, eléctrico, intenso.

—Perdón —susurró la pelirroja suspirando.

—No tengo nada que perdonarte, tonta. No vuelvas a asustarme así, por favor —suplicó la otra con cariño.

Paralizadas, sumergidas en un bucle, se consolaron mientras escuchaban a la especialista.

Unas semanas luego de la ecografía de prevención, en donde, además de informarles que aún no podrían distinguir con exactitud al bebé, pero sí escucharon los latidos de su corazón, les confirmaron que solo un embrión comenzaba a madurar, Morena empezó a sentir los síntomas del embarazo. Por la mañana se despertaba nauseabunda, se sentía cansada, podía pasarse horas durmiendo y algún que otro mareo la aquejaba. Todo eso la volvía loca, llevándola a comportarse como una desgraciada con quienes pretendían cuidarla. Se veía a sí misma como un perro con rabia y eso le causaba risa. Ainara, por momentos, podía ponerse muy intensa y ese pequeño detalle lograba que Morena estallara en llanto o furia. Los hombres se mantenían lo más alejados que se les permitía, no porque no querían ser partícipes de los cambios sino para evitar más malos entendidos. Lo que más fastidiaba a la pelirroja era que su madurito no quisiera mantener relaciones sexuales por miedo, se excusaba una y otra vez, la frenaba y pretendía que se conformara con sesiones de sexo oral cuando ella todo lo que deseaba era sentirlo en su interior. Acusaba a su amiga de eso y no dejaba de remarcarlo de vez en cuando, la culpaba porque era

tanta su obsesión que no dejaba de recalcarle a Ulises que tenía que cuidarla cuando ella no estuviera para hacerlo. Entendía el miedo que todos experimentaban a las posibilidades de un aborto espontáneo, pero no lograba evitar ladrar cada dos por tres. Todo en su interior estaba revolucionado, cambiando y sabía que sería un poco peor. Desde su lugar, Saiana, con su embarazo muy avanzado, intervenía para calmar la marea en cada videollamada. Las amenazaba y les recordaba cómo le afectaba que ellas pelearan, eso las apaciguaba por unos días.

Hasta que por fin los malestares, con mucha lentitud, comenzaron a desaparecer o mermar y con ello llegaron nuevas cuestiones. Los pechos de Morena empezaron a aumentar lentamente y también algunas molestias abdominales aparecieron. La pelirroja pasó de ser una furia a convertirse en un paño de lágrimas, todo lo que decían la hacía llorar, y por momentos se comportaba como una niña caprichosa cuando Ainara no le preparaba para comer lo que quería. En la quinta de Ulises y Morena tenían todas las comodidades, nada les faltaba. En la cocina de la casa se reforzaron las verduras de hoja verde, las legumbres, los lácteos, el yogur y se redujeron los carbohidratos, el café y el alcohol. La rubia variaba los alimentos, se esmeraba en sus preparaciones y había descubierto cuánto le gustaba ese quehacer, lo llevaba a cabo con placer, más sabiendo que todo era por y para su bebé que crecía sano, fuerte y cuidado dentro del vientre de su amiga. No era tonta, era consciente de lo densa que llegaba a ser, pero no lograba evitarlo. Tenía esa necesidad imperiosa por dentro de protegerlos que le ganaba a cualquier razonamiento.

El día de la ecografía en donde por fin verían al bebé con más claridad estaba a la vuelta de la esquina y eso tenía a Sofía, Ainara y Joaquín desesperados. La niña no paraba de preguntar cuándo irían a conocer a su hermanito, porque ella estaba segura que sería un varón. Una leve protuberancia se extendía en el frente, antes plano de la pelirroja, colmando a todos de dicha. Las discusiones, por así llamarlas, entre la gestante y la futura mamá continuaban con menos frecuencia, pero ahí estaban, latentes. Morena padecía las exigencias de su amiga, sobre todo cuando la rubia le pedía que se moviera, que caminara; en cambio, en el caso de la natación, con semejante calor húmedo que habitaba en el ambiente, no existía ningún inconveniente, aceptaba con gusto.

La pelirroja se pasaba todo el día en su hogar, evitaba que los desconocidos la divisaran, por eso había optado por cerrar su consultorio por remodelación encontrando en lo dicho la excusa perfecta. No lo hacía por vergüenza, ni nada por el estilo, sino porque quería evitar las miradas curiosas, las preguntas incómodas del futuro, no se veía respondiéndole con amabilidad a las viejas chismosas acerca de dónde estaba el bebé que llevaba en el vientre, odiaba que se inmiscuyeran en lo suyo y ese definitivamente era su tema, el de Ulises, y el de los padres, de nadie más.

—¿Estás lista, amor? —averiguó su madurito desde el pasillo que daba entrada a las habitaciones de la planta alta—. Se hace tarde.

—¡Ya voy, pa! Vamos a tener que comprar al menos un par de jeans con elástico porque los míos no me prenden, me tuve que poner un vestido —rezongó calzando las sandalias bajas que iba a usar, si se llegaba a poner unos de sus zapatos con taco fino de quince centímetros, a su amiga le daría un ataque. Rio ante la tentación de hacerlo solo para fastidiarla, pero se arrepintió al instante, no la quería rompiéndole los quinotos. Se roció un poco de perfume y salió del cuarto topándose de frente con Ulises. Él la analizó de arriba abajo repetitivas veces, mordiéndose los labios, se moría de ganas por enterrarse en ella y quedarse fundido en su piel hasta que llegara el fin del mundo.

—No me mires de esa forma —advirtió con tono contundente—, ¿tengo que recordarte que sos

vos el que no quiere hacerme feliz? —interpeló melosa acariciando la nuca de su pareja.

—Eso se termina hoy, no aguanto un día más sin deleitarme con la humedad de tu cavidad —reconoció a un palmo de distancia de esos labios que lo desesperaban. Morena cortó el aire que se interponía entre ellos y se prendió de esa boca que gritaba por la suya como una auténtica lunática. El contacto fue agitado, vertiginoso y corto, él se encargó de detenerlo—. Tenemos que salir, amor, no queremos llegar tarde y que tu amiga vuelva a instalarse todos los días en nuestro espacio —testificó, respirando alterado, al igual que ella que permanecía muda escuchando lo que él decía.

—¡Por favor, no! —exclamó—. La amo, hago todo esto por ellos, porque me nació, pero si tengo que fumarla una semana más metida acá todo el santo día, la mato. Entiendo cómo se debe sentir, pero por ahora no hay cambios para apreciar, nada por hacer, con que me deje la comida preparada para toda la semana estamos bien —comentó encogiéndose de hombros.

—Totalmente de acuerdo, esa tarta de zapallitos verdes le sale buenísima.

—No lo voy a negar —acotó mientras emprendían camino hacia la clínica para el estudio.

Ainara estaba que caminaba por las paredes porque la pareja no llegaba y solo faltaban diez minutos para que los llamaran. Joaquín le decía una y otra vez que se calmara, que iban a estar a tiempo. Le acariciaba los brazos, le masajeaba el cuello, pero nada servía, seguía temblando.

—Tendríamos que haber ido a buscarla nosotros, seguro se quedó dormida, últimamente, la noto más agotada que antes. Anoche me dijo que la acidez la estaba matando, me imagino que no descansó nada —se lamentó—. Sé que soy una auténtica pesadilla, lo admito, me preocupo por ella y por el bebé. No quiero que les pase nada —agregó sumergida en los brazos de su cielo. Aunque no lo pareciera él era el único que la mantenía cuerda, a salvo de las voces de su inconsciente maldito.

—Gorda, tenés que darles espacio. Morena lleva a nuestro hijo en su vientre, pero no deja de ser una mujer independiente, con una vida, asuntos y un marido que atender. Los dos están bien y así va a seguir siendo, bajá un cambio porque vas a terminar enfermado y nadie quiere eso —le suplicó en paz besando su frente.

—Gracias, cielo. Te amo tanto.

—¡Ahí viene mi tía More! —gritó Sofia corriendo hacia ellos e interrumpiendo la conversación de los adultos. Ambos voltearon para donde iba la niña, el principio del pasillo; y la divisaron, se la veía realmente radiante, enfundada en ese vestido color amarillo que solo ella se animaba a usar dado su estado. Lo primero que miró la rubia fue el calzado de su amiga y al ver lo que traía puesto su expresión se suavizó mientras la otra la observaba con desafío como diciéndole: no tenés nada que remarcarme.

Todos se saludaron con cariño y cuando estaban por entablar una charla más profunda los llamaron. Ellas se dirigieron al consultorio abrazadas por detrás de la pequeña que presidía la fila y más al fondo los hombres las seguían. El ecógrafo, quien estaba al tanto de cómo era todo en ese embarazo, los dejó pasar a los cinco. Morena se recostó en la camilla, el profesional le pasó una sábana para que cubriera sus piernas y partes íntimas, se levantó el vestido y lo hizo. Nuevamente se le puso la piel de gallina al sentir el contacto del gel frío siendo desparramado por su abdomen. Sofia, al notarlo, se posicionó a su lado y le tomó la mano. La pelirroja se derritió de cariño ante el gesto, amaba a esa pequeña con todas sus fuerzas, como sabía que también amaría al bebé de su hermana de la vida, eran sus sobrinos, una parte fundamental de su camino.

La sala se llenó con el sonido del intenso, galopante y brillante latido del corazón del bebé que corría furioso dentro su bolsa de líquido amniótico. Él o ella zarandeaba sus extremidades como si peleara con alguien dentro de su espacio. De la nada se quedó quieto, acercó su manito a la cara

y se acarició, como si le picara, gesto que a todos les arranco un: ¡Ayyyyyy!

La rubia lloraba de emoción al ver cómo su hijo ya tenía forma, jugaba y respondía a lo que escuchaba del exterior. Sofía no paraba de sonreír y preguntar cuándo podrían saber si era una nena o un varón, la ansiedad la superaba. Joaquín, además de ver maravillado el monitor, apretaba la mano de su mujer con ahínco, agradeciéndole a Dios la oportunidad que les brindaba.

En cambio, Ulises, solo tenía ojos para su Morena, para admirar su valentía, su fortaleza; mientras ella, dichosa, contemplaba lo que la ciencia lograba, el sueño que cumplía.

Las dos se examinaron con lágrimas en los ojos compartiendo la satisfacción que experimentaban. Una porque lo que más deseaba en el mundo era real, la otra porque oteaba un brillo especial, que jamás había visto, en la mirada de la futura mamá.

Un día se levantó y nada, no sentía ni una sola náusea, no quiso festejar al instante, pero a medida que iban pasando las horas y no aparecían, más feliz se ponía. Ni siquiera el aumento notable en su peso, la frecuencia en las ganas de orinar o los calambres nocturnos, que como dolían, pudieron contra el jolgorio por no vomitar más.

Una tarde, al desnudarse para meterse a la bañera, descubrió que la panza era más notable y que una leve línea oscura se divisaba desde la pelvis hasta el ombligo. Volvió a ponerse la ropa interior y se tomó una foto de lado frente al espejo, para Ainara. Se la envió a la rubia al grupo de chat en donde también estaba Saiana, con muchos emoticones sonrientes, con ojitos de corazón y citó: Tu retoño sigue creciendo. Mientras que más abajo agregó: Esta incubadora dejó de vomitar, hoy no tuve ni una sola náusea. Amo a tu hijo inmensamente, a pesar que me causa mucha acidez. Carmen, la señora que viene a limpiar, dice que va a ser peludo. ¿Se verá como un mini mono rubio? La muy guacha se descostillaba de risa mientras escribía y más sabiendo cómo se pondría la otra. Aguardó unos instantes y al no recibir respuesta continuó con su tarea. Vertió unas sales de menta que la hija de Ulises le había traído de uno de sus viajes, y se sumergió dejando que su cuerpo se relajara con el aroma y el silencio de fondo. Como le gustaba ese lugar, tanto que estaba empezando a gozar del no hacer nada y dedicarse todo el día a plasmar indumentaria en sus cuadernos. Amaba que su mente se conectara con sus manos y juntas crearan cosas tan maravillosas. Jamás había estudiado dibujo y mucho menos confección de ropa, lo de ella era innato, profundo, crudo y hermoso sin proponérselo; y desde que estaba llevando ese niño en su vientre su pasión estaba desacatada, tenía acumulados más diseños de los que había creado en toda su vida.

Al rato, cuando el agua ya se estaba comenzando a enfriar, sacó el tapón y enjuagó su físico con el duchador para poder salir. Se secó en su habitación con música de fondo, mimó su piel y se cubrió con un solero bien veraniego, sobre todo cómodo y liviano, lo fundamental. Se dirigió a la cocina, en busca de Carmen y allí la encontró.

—Señora, ¿necesita algo? —inquirió ella al verla.

—Y vuelve la burra al trigo —refunfuñó—, ya te pedí miles de veces que dejes de llamarme así, me molesta, soy Mo-re-na —silabeó para ver si la mujer lo entendía de una vez por todas.

—Es la costumbre, hija, es la costumbre. Las viejas somos así. ¿Quiere comer algo o prefiere un rico licuado bien fresquito?

—Mmmmmmm —meditó. Cualquiera alusión que se hiciera respecto a la comida bastaba para que se olvidara de todo—. Ambas. Por favor, prepárame un licuado de frutillas con leche y frutas cortadas para acompañar, obviá las naranjas y aumentá el kiwi. Voy a estar en el patio. ¡Gracias, vieja linda! —informó y agradeció antes de encaminarse hasta el lugar indicado. Se acomodó en el sillón colgante doble con forma de canasta junto a su cuaderno y el tiempo se le fue volando



entre prenda y prenda estampada en las hojas blancas. Al ritmo que iba tendría diseños para armar una marca desde cero.

Ulises llegó más temprano de lo acostumbrado y se detuvo a observarla desde el umbral de la puerta, antes de hacerlo ya se había despojado del traje y las incomodidades del día, reemplazando todo por una musculosa y un short. Vio cómo en la mesa del frente descansaba la jarra y el plato vacío, mientras ella continuaba enfrascada en su tarea, sentada a lo indio. Resplandecía en medio del verde con el brillo de su piel dorada y el rojo fuego de su cabello, acaparaba todo el aire que circulaba a su alrededor arrastrándolo con fuerza a ella. Se acercó con lentitud, con su corazón bombeando con más rapidez como siempre que la divisaba o la pensaba. Esa mujer era su talismán, su cáliz de la felicidad.

Ella, al sentirse observada, despegó sus ojos del dibujo y elevó la mirada para encontrarlo dirigiéndose hacia donde estaba. Seductor, magnético, maduro, una delicia que deseaba saborear. Inevitablemente se encendió, palpitó ante su cercanía, ante el embrujo de su amor.

No hicieron falta las palabras, con el cruce de miradas bastó para que se fundieran en un oasis de pasión que los hizo levitar.

Una nueva ecografía tenía lugar aquel día, y como siempre que sucedía todos estaban plétóricos. En esa ocasión solo Ainara, Joaquín y Morena estaban presentes; y Saiana que a miles de kilómetros les solicitó a sus amigas que la dejaran participar de alguna forma y por eso iban a hacer una videollamada. Esta vez se encontraron con un bebé más grande, más desarrollado que pesaba ciento veinte gramos y medía quince centímetros y no solo eso, sino que también lo vieron bostezar y mover su boquita como si estuviera succionando. Nuevamente la alegría de esa familia rebalsaba dentro de las paredes de la sala, era un sueño, su sueño; y dentro de poco sería real, tangible.

Semana veinte de embarazo. Panza más grande, tobillos levemente hinchados y un aumento de cuatro kilos. Cuatro odiosos y fatales kilos que causaron más cansancio y pesadez en Morena que no sabía si reír o llorar cuando se miraba en el espejo. Nadie podía decir que se le veía mal porque mentiría, la realidad era que el embarazo le sentaba de maravilla, salvo por el humor que últimamente tenía. El estreñimiento y la necesidad de tomar líquidos a cada rato la estaba desquiciando, y si a eso le sumábamos a Ainara pululando de nuevo por cada rincón de la casa, peor.

—Dale, More, levántate, es hora de que hagamos yoga —rogó la rubia manteniendo la compostura, pero elevando el tono de voz. Se le estaba agotando la paciencia.

—Vení vos y acóstate conmigo, no tengo ganas de hacer ejercicio —replicó la pelirroja que permanecía despatarrada en el sofá con el aire acondicionado prendido, el calor la fatigaba.

—No, Morena, no. Tenés que ejercitarte por tu bien y el del bebé.

—Shhhhh, pará... pará... —interrumpió exaltada—, me parece que se acaba de mover. Gritá de nuevo —pidió a la futura mamá que no sabía si correr hacia donde estaba o largarse a llorar—. Ainara, despabilá, traé tu lindo cuerpito hacia acá.

—¿Enserio se está moviendo? —cuestionó—, bueno, técnicamente siempre lo hizo solo que no se percibía porque era más pequeño.

—Tarada, dejá de divagar y vení a sentirlo.

—Tenés razón —aceptó aún sin moverse del lugar, estaba paralizada. Morena al ver que su amiga no actuaba, lo hizo ella. Se acercó y al pararse frente a su amiga la tomó de las manos y las depositó sobre la piel tirante de su abdomen.

—Cuando te escucha, pateo. Te reconoce. Hablale —alentó ella esperando que Ainara saliera del letargo donde se había metido. La rubia parpadeó un par de veces y reaccionó. Se agachó a la altura de su hijo, acarició el lugar donde crecía, lo besó y le habló. Le dijo cuánto lo amaba y con qué ansiedad lo esperaba, disfrutó de los movimientos que él le regalaba al oírla. ¡Dios! El corazón se le saldría del pecho a causa de tanta emoción. Eso que sentía no tenía comparación, era único, tan maravilloso que lloró de felicidad cuando se vio rebalsada por tanta mezcla de sensaciones.

—¿Qué te parece si nos acomodamos en el sillón? Te vas a acalambrar así agachada y yo no quiero estar mucho tiempo parada —expuso después de unos minutos con picardía para ver si la había disuadido de su tarea. Ainara le regaló un último beso a su hijo y se puso de pie.

—Escuchame una cosita —acusó señalándola con el dedo—, ya descubrí lo que hacés, tanteás el terreno, no te vas a salvar, vamos a hacer ejercicio sí o sí. Te va a hacer bien —medió con aliento.

—Guardá ese dedo que se te puede escapar un tiro —exclamó de forma dramática sonriendo—. ¿Me va a ayudar a cagar?

—¡MORENA! —reprendió al borde de estallar de risa—. Hablá bien, por favor. No sos analfabeta.

—Bueno, mamá, no te enojés —insertó con burla poniendo en el vaso la última gota para que se descostillaran.

En la ecografía de ese mes descubrieron que el tan esperado retoño era un varón, tal como Sofía lo afirmaba, que pesaba doscientos cincuenta gramos, y medía veinte centímetros y no solo eso, sino que también fueron testigos del hipo que tenía mientras le practicaban la eco en donde pudieron ver sus facciones con más definición, sus pequeños y alargados dedos manoteando el cordón umbilical, fue un espectáculo que la familia disfrutó sin desperdicio.

—¿¡Me estás tomando el pelo!/? No voy a tragar esa cosa asquerosa —chilló luego de darle un sorbo y devolverle el recipiente a Ainara que le pedía disculpas a la enfermera que acababa de comenzar con el test de O' Sullivan, más conocido como la prueba de azúcar, y fulminó a su amiga con la mirada.

—Tenés que tomarlo te guste o no, es importante que te hagas este estudio, es solo una hora y nos vamos —medió tendiéndole de nuevo el vaso a la pelirroja que permanecía sentada en el sillón reclinable de la sala con cara de enojada.

—Si ingiero esa mierda voy a vomitar, Ainara, hace mucho que no vomito y eso —dijo señalando la jarra con repulsión—, lo va a causar. Además, ¿qué pasa si no lo aguanto en el sistema?

—Hay que empezar de cero —afirmó la profesional que miraba el intercambio, divertida—. A la mayoría les funciona relajarse y beberlo sorbo a sorbo, despacio, para no atacar al estómago de golpe —señaló.

—Yo no soy la mayoría —añadió con ironía y fastidio.

—Señora, era solo una recomendación. Usted puede hacerlo como quiera, siempre y cuando lo haga —finiquitó con seguridad y la voz endurecida.

—No se haga problema que lo va a hacer. Déjenos solas que yo me ocupo —completó la rubia con determinación. Si hacía falta la obligaría. La enfermera abandonó el cuarto negando con la cabeza y ellas se quedaron midiéndose una a la otra con la vista.

—Amiga, yo sé que es importante y que tengo que hacerlo, pero es intomable

—Lo lamento, tenés que ingerirlo y no discutas, por favor, estoy hasta la coronilla de tus

escenas caprichosas —sentenció con hastío arrimando otra vez el vaso. Morena la miró sorprendida, porque si bien tenían sus diferencias en muchas ocasiones, nunca la veía tan podrida.

—No te olvides que estoy haciendo esto por vos —increpó enojada por la presión que ejercía su amiga.

—Y vos no te olvides que yo no lo pedí, vos solita te ofreciste y sabías cómo era todo, no sos ninguna tonta —determinó la otra con los ojos llenos de lágrimas y el pecho oprimido por la echada en cara.

—En eso tenés toda la razón —reconoció arrepentida por las palabras dichas—. Estoy infumable, perdón —agregó suavemente.

—Está todo bien —pronunció con un amago de sonrisa—, tomate el líquido de mierda así podemos irnos de acá antes de que te acogote.

—Sí, mamá —aceptó amable.

Una semana después les transmitían que el examen había dado negativo, que no existía nada para preocuparse. Ambas respiraron aliviadas, hoy recordaban con chiste lo mal que lo pasaron durante esa hora y media.

Fausto ya pesaba setecientos cincuenta gramos, y medía treinta y cinco centímetros. Era un bebé de actividad frenética y lo comprobaron cuando les realizaron la ecografía 4D en donde pudieron admirarlo con más claridad. Ainara, llorando, contó los dedos de sus pies y manos, rio cuando él hizo puchero y su corazón aleteó cuando lo vio frotarse los ojos y bostezar. Él era uno de los regalos más preciados que la vida le estaba dando y no pensaba desaprovecharlo.

La fecha de parto de Saiana llegó y con ello los lazos que mantenían a pesar de la distancia se afianzaron más. Luego de horas de hacerle la cabeza, Ainara al fin accedió a viajar para estar junto a su amiga y dejar sola, por así decirlo, a la pelirroja. Fue un momento que compartieron en unión, sobrepasando la lejanía. Una situación que le sirvió a Morena para decidir que le practicasen una cesárea cuando le tocara a ella, no quería saber nada de un parto normal después de ver el video de su amiga. Estaba espantada, prefería mil veces estar medio dormida, además de que era consciente que ese instante no era suyo y quería darle privacidad a Ainara con su hijo cuando pegara su primer grito en este mundo. Ella no opuso resistencia a lo elegido por la pelirroja, le daba igual, lo único que la acongojó fue que Morena se quedaría con una cicatriz de por vida, pero esta última le aseguró que sería un recuerdo más para llevar hasta su último suspiro.

Estrías, manchas en la piel, dolores de ciático y pies hinchados eran algunas de las incomodidades que sufría Morena a medida que transcurrían las últimas semanas del séptimo mes de embarazo. El boxeador, como la pelirroja lo llamaba, cada día contaba con menos espacio y según les informó la doctora estaría pesando más de un kilo, doscientos gramos. Era un bebé que daba buenos golpes, tan así que se notaban claritas sus extremidades desde afuera. Tanto ella como Ainara sabían que la criatura respondía con más frecuencia a ciertos estímulos, las voces y la música eran dos de ellos, por eso, aprovechando esos detalles, la rubia grabó varias canciones, añadió unos cuentos y palabras que quería que su hijo oyera y la pelirroja se las reproducía todos los días con el Bellybuds: unos auriculares autoadhesivos para embarazadas que Ulises le había traído de uno de sus viajes a Europa. Fausto se desesperaba cuando oía la voz de su mamá, padre y hermana, y para que se relajara, Morena le reproducía *What Am I To You de Norah Jones*<sup>[3]</sup>. En eso estaba cuando el cansancio la venció y se dejó ir disfrutando del tenue aire que circulaba en el patio de su casa. Ahí la encontró Ulises cuando llegó de trabajar, la divisó descansando de

costado con un almohadón entre sus piernas para aliviar el peso de la panza que últimamente la tenía a mal traer. El cuerpo de su mujer estaba cambiado, más rellenito. Ella estaba diferente, contaba continuamente con un brillo especial en sus ojos, en su piel. Ese cabello que tanto amaba estaba más espeso, reluciente. Sus pechos con más volumen lo desesperaban y la sensibilidad que portaban lo volvía loco por atenderlos. La amaba sin medida alguna, igual que ella a él. Se despojó del saco, arremangó su camisa y se descalzó para luego acomodarse detrás de ella. La abrazó con ternura, depositó un delicado beso en su nuca, la sintió suspirar entre sueños y sonrió con cariño. Era perfecta para él, encajaban con exactitud, eran felices y nada ni nadie podría jamás contra eso.

Dio vueltas en la cama durante horas toda la noche, hacía días que no pegaba un ojo desde las tres hasta las seis de la madrugada, las Braxton-Hicks la mataban justo en ese lapso de tiempo. Convivía con una hinchazón intensa en los tobillos, la panza contaba con un tamaño descomunal y los doce kilos aumentados no ayudaban con el cansancio, hasta para hablar debía hacer esfuerzo. Por momentos no se soportaba ni ella, el mal humor que tenía era atroz. Ulises la adoraba, pero por instantes quería mandarla a la mierda y no solo a ella, a su amiga Ainara, también. No sabía cuál de las dos era más insoportable, discutían a cada rato y por todo. Si la rubia le decía que caminara un poco, la pelirroja la sacaba de raje, si le pedía que dejara de comer comida chatarra, no la escuchaba. Las patas de pollo fritas de KFC eran su debilidad y si no se las compraban, las solicitaba por delivery. Estaba incontrolable, para ella era la única época de libertad alimenticia, el -como por dos- no abandonaba su boca. Su madurito la complacía en todo lo que estaba a su alcance y Carmen también. Sus almuerzos estaban plagados de exprimidos o licuados, no le faltaban, y cuando la futura mamá llegaba para esa hora, obligada ingería las verduras, pescados y legumbres que le preparaba. Tomar esa clase de líquidos, aparte del agua, la ayudaba a la hora de ir de cuerpo, porque el estreñimiento le molestaba de una forma terrible.

Una nueva ecografía llegó junto con un examen de sangre y orina y la aplicación de algunas vacunas. Ese mismo día les asignaron la fecha de la cesárea, la cual sería una semana antes de la fecha probable de parto que en un primer momento les dieron, para evitar inconvenientes. La futura familia estaba que no daba más de la ansiedad. El bolso, las mamaderas, el cochecito, la habitación y todo lo que pudieran necesitar para su cuidado estaban aguardando por su llegada. Las amigas decidieron juntas que lo más adecuado era que Fausto no consumiera fórmula, que se alimentara de leche materna y así sería, Morena se sacaría todo el líquido posible para almacenarlo en el freezer. Por suerte, la pelirroja estaba generando buena cantidad y no valía la pena desperdiciarla.

Los días se volvían más largos, calurosos y agotadores para Morena. Iba de la cama al living y de ahí al patio, no encontraba comodidad en ningún espacio ni posición. De a ratos se le dormían o cosquilleaban las manos y pies a causa de la retención de líquido y la hinchazón que eso produce. Para rematarla, cada vez que intentaba mantener relaciones íntimas con su madurito le agarraban contracciones y eso la fastidiaba más porque necesitaba ese contacto con él. Nuevamente los miedos hicieron acto de presencia, cuando se miraba en el espejo seguía reconociendo en ella a una mujer bella, pero la realidad era que luego del nacimiento, el exceso de grasa, las estrías y las manchas de piel quedarían durante un buen tiempo y pensar en que él no la viera atractiva o se sintiera desatendido la trastornaba. Pasarían cuarenta crepúsculos sin que pudieran tener sexo y para ellos, que eran muy carnales, no era nada bueno. Preguntas como: ¿Si se va a buscar fuera de casa lo que no puedo darle? ¿Si me engaña y conoce a alguien más joven?

¿Si me deja porque estoy gorda? Esos pensamientos la deprimían y se conjugaban con los pies de Fausto que le oprimían debajo de la costilla y el estómago quitándole el hambre. Mejor, se dijo más de una vez. Así no salgo rodando.

Todos notaban que la pelirroja estaba extraña, apagada y se lo atribuyeron a las últimas semanas de embarazo, hasta que Ulises la encontró llorando desconsoladamente encerrada en el baño de una de las habitaciones de la planta baja, la que ocupaban desde que le era imposible subir y bajar las escaleras.

—Amor, ¿qué pasa? —le susurró de cuclillas frente a ella que permanecía sentada en el inodoro.

—Estoy gorda, fea, cuando todo esto pase me vas a dejar por alguien más joven que no tenga marcas por todos lados —bramó tartamudeando acongojada. Él la miró con ternura después de sacar cuentas, porque poco le había entendido.

—More, no voy a ir a ningún lado. Te amo y no me importa si tenés una cicatriz, dos o veinte, o unos kilitos de más. Sos hermosa, deliciosa, deslumbrante y lo más sexy que vi en mi vida, perfecta para mí —confesó con suavidad.

—¿Enserio? —inquirió ella viéndolo con sus ojos plagados de lágrimas aún no derramadas. Quería creerle, claro que quería hacerlo.

—Sí, amor mío, sí. Vení para acá —anunció poniéndose de pie y extendiendo los brazos para que se refugiara. Él la mimaría hasta que se tranquilizara, le demostraría la magnitud de su amor de la forma que fuera.

Más tarde, Ainara ingresó a la casa de sus amigos y encontró todo en silencio. Se dirigió a la cocina y allí ubicó a Carmen preparando la cena. La saludó con el mismo aprecio y al preguntar por Morena, la señora le contó con todo lujo de detalles lo sucedido unas horas atrás. La rubia se preocupó al instante encontrando en las palabras de quien le relató lo pasado la respuesta a la incertidumbre que venía sintiendo en relación a su hermana por elección. La notaba más distraída de lo común, esa chispa divertida que la caracterizaba estaba extraviada, ausente, y eso no era normal en la pelirroja. La realidad era que la rubia, a pesar de confiar plenamente en su amiga, temía que se arrepintiera y no quisiera entregarle a su hijo, que se hubiera encariñado con él. Ahora comprendía porqué su psicóloga le dijo en una sesión que no era buena idea que la gestante fuera tan cercana.

—¡Ey, bajá de la nube! Hace un par de minutos que te estoy hablando y ni cinco de bola —expresó Morena chasqueando los dedos frente a su cara. Ainara no emitió sonido alguno, solo la tomó de los brazos y tiró hacia ella para sostenerla lo más cerca que le fuera posible.

—¿Sabés que te amo y que pase lo que pase eso no va a cambiar? Que podés comentarme lo que sea y que siempre voy a estar —interpeló junto a su oído. La pelirroja arrugó el entrecejo con claro desconcierto ante las preguntas, no comprendía a razón de qué venían.

—Sí, tonta, lo sé. ¿La futura mamá está ansiosa, quizás un poco sensible? ¿No me digas que tenés las hormonas alteradas? Mirá que no me soporto ni yo, no puedo lidiar con otra chiflada más —reconoció divertida. Haber descansado un rato entre los brazos del amor de su vida le había hecho muy bien, le renovó el ánimo y las ganas de seguir.

—Tal vez sí, no lo sé. Mañana es el gran día y todavía no caigo —confesó luego de soltarla y tomar asiento en una de las sillas altas de la cocina. Carmen, que fue testigo del intercambio, les dejó un par de licuados de frutilla para que se refrescaran.

—Cuando tengas a Fausto durmiendo en tu pecho lo vas a hacer. Vamos a sentarnos en el sillón porque ni en mis mejores sueños puedo subirme a una de estas —aseguró golpeando de pasada

con su mano libre el asiento de la banqueta. Con toda la parsimonia del mundo recorrió los metros que las separaban del espacio—. ¡Dios! Pareciera que voy a quebrarme al medio, mi columna no da más —rezongó suspirando.

—Vine porque tengo que darte un notición —comentó Ainara sonriendo. El mal trago había pasado.

—¿Solo para eso? —la pinchó la otra, divertida.

—No, tarada, también a verlos y saber si necesitabas algo, no sabía que Ulises llegaba temprano hoy.

—Por lo general, no, pero viene notando que yo no estoy bien y se apareció de imprevisto. Menos mal porque estaba en una crisis de pensamientos idiotas cuando lo hizo —la rubia seguía en silencio solo escuchando, sabía que tarde o temprano iba a contarle lo que le sucedía—. ¿Podés creer que se me pasó por la cabeza que me dejaría luego de que tenga a tu bebé? —sin poder evitarlo, Ainara comenzó a reírse sin parar bajo la enojada mirada de su amiga.

—¡Perdón! ¡Perdón! Me causa mucha gracia, ese hombre no te suelta ni muerto, está absolutamente enamorado, sino no te soportaría ni un instante y mucho menos se hubiera aguantado toda esta situación —comentó en clara referencia al embarazo ajeno.

—Lo sé, pero de repente me comencé a ver gorda, llena de estrías y manchas. El forro de mi inconsciente empezó a meter cizaña complotado con mis hormonas y exploté. Me enloquecí, menos mal que él siempre está cuando lo necesito —expuso con sinceridad—. Retomemos, dijiste que tenías una noticia, contame.

—Cierto, ya me estaba olvidando. Me distraés con tanta cháchara y con estos licuados tan deliciosos, esperá que voy a buscar otro.

—Naaaa, na, no vas a ningún lado. Dejá de hacerte la boluda y desembuchá —exclamó frenando su huida. Ainara se dejó caer de nuevo en el sofá y se mantuvo en silencio incrementando la ansiedad de la otra.

—¡MAÑANA A PRIMERA HORA LLEGA SAIANA! —chilló la rubia dándole a la otra LA SORPRESA, sí, con mayúsculas, porque lo merecía. Que las tres pudieran estar juntas en ese día tan importante era magnifico, increíble. La familia volvía a reunirse y en esta ocasión para la llegada del nuevo integrante.

Como ya era costumbre, el insomnio la atacaba una noche más, la última. Se recostó en el sofá colgante del patio y observó el amanecer respirando la tenue brisa que circulaba en el aire. De manera inconsciente se acarició el vientre y comenzó a hablarle al bebé de su amiga.

—Buenos días, mi boxeador favorito. Hoy le vas a conocer la cara al mundo, a tu familia, a esta vida. A veces el camino va a ser duro, pero como el buen luchador que sos vas a saber plantarte ante los baches que te cruces. Tu mamá te espera desde hace mucho tiempo, pero esa es una historia que te van a contar más adelante. Para mí fue un placer ser tu incubadora a pesar de que en determinados momentos me hiciste sufrir. Ver la cara de felicidad de tus papis y hermanita cuando pasaban las ecografías fue maravilloso, al igual que sentir tus movimientos por más que a veces me sacabas el aire. No veo la hora de ver tus facciones con claridad y malcriarte como la tía densa que voy a ser. Todo esto fue muy loco desde el primer instante y hasta yo me sorprendí cuando tomé la decisión de ofrecerte para cargarte durante varios meses, pero bueno, acá estamos, compartiendo las últimas horas juntos, de intimidad, de esta complicidad que se gestó y que es irrompible por más que no seas mío. Hoy es el gran día, Fausto, el día donde todo el protagonismo es tuyo, el día en el que el mundo va a oír tu primer grito de batalla.

### *Horas más tarde...*

A los pocos minutos de tramitar la internación, les asignaron sus respectivas habitaciones: una para Morena y otra para los futuros papás y su bebé. Le realizaron un monitoreo para corroborar que todo estuviera bien y al rato se la llevaron al quirófano. Cuando fue el turno de la epidural, luego de colocarle la vía en la mano, se sentó en la camilla tal cual le indicaron y apretó con ímpetu la mano de la enfermera cuando la aguja ingresó a su cuerpo. Unas cuantas lágrimas se deslizaron por su rostro, pero no de dolor sino a causa de los nervios y el susto que tenía. La ayudaron a recostarse y cerró los ojos mientras todos a su alrededor continuaban trabajando.

Mientras tanto, Ainara se moría de la ansiedad en la antesala del quirófano vestida con las prendas necesarias para poder recibir a su hijo. Ya no le quedaban uñas para morder, había terminado con ellas la noche anterior cuando no podía dormir. Escuchó a la enfermera entonando su nombre y respiró hondo siguiéndola hacia el interior con pasos lentos, las ganas que tenía de llorar eran impresionantes. Dentro del cuarto se encontró con un gran movimiento de personas, las voces y los olores se mezclaban unos con otros y Morena parecía no darse cuenta de lo que sucedía a su alrededor. Se situó a su lado y sostuvo la mano libre de su amiga a la par que le besaba la frente con infinita gratitud. La pelirroja abrió los ojos enrojecidos con pereza al sentir el toque y le sonrió más calmada gracias a la droga que le inyectaron minutos antes.

—¿Estás bien? —balbuceó Morena con dificultad. Ainara se quedó de nuevo en silencio solo admirándola, no podía creer que estando en una mesa de operaciones todavía se preocupara por ella.

—Sí, amiga, estoy bien. ¿Vos cómo te sentís? —averiguó.

—Bien, me dieron algo para relajarme porque estaba muy alterada. Tengo sueño, pero no me quiero dormir —respondió empleando toda su concentración y fuerza de voluntad.

La obstetra interrumpió el intercambio para comunicarles que ya estaba, que en nada oirían y verían al bebé. La enfermera hizo el amago de bajar la cortina que protegía la vista de Morena y ella se lo impidió, ya tendría tiempo para verlo después, en ese instante todo el privilegio era de su madre, de esa mujer que tanto lo esperaba, que estaba repleta de amor, valores, sonrisas y caricias para darle. Ainara se puso de pie cuando se lo indicaron y en ningún momento le soltó la mano a su amiga, a la mujer que le estaba dando el regalo más preciado que la vida puede brindarte, quien le daba la oportunidad de sentirse completa, entera, colmada de alegría.

Un gran grito inundó el aire de la sala. Fausto llegó a este mundo haciéndose oír, y su madre no podía más de la felicidad que la inundaba, su rostro era el poema más romántico de la faz de la tierra. Frente a ella, llorando y pataleando, tenía al ser más hermoso que había visto en toda su vida. El corazón se le iba a escapar del cuerpo si seguía saltando tan acelerado.

Morena, antes de caer rendida, pudo escuchar el bramido de guerra que le daba su sobrino al mundo y sonrió, pero no solo lo hizo por eso, sino también por las expresiones que vio pasar por el rostro de su amiga. Su rubia brillaba anonadada mirando a su bebé y eso fue todo lo que necesitó presenciar para dejarse arrastrar por la marea que la llamaba desde su interior.

Cuando despertó comenzaba a sentir sus piernas y un poco de dolor, pero lo que más le molestaba era la picazón. ¡Dios! Cómo le picaba la cara. Escuchaba cómo dos personas susurraban a su alrededor, pero ella solo quería rascarse. Abrió los ojos con lentitud y se encontró con que todo estaba en penumbras en la habitación. Pestañeó algunas veces y su primer instinto fue llevarse las manos hacia el rostro para frotarse, pero ambas estaban ocupadas. Una de ellas era sostenida por Ulises y la otra por su querida Saiana.

—Los amo a ambos, pero, por favor devuélvanme mis manos que las necesito —suplicó justo

antes de recordar que debía mantener silencio. Ellos, que no la habían visto despertar, la soltaron al instante para que pudiera disponer de su movilidad. Morena respiró aliviada al lograr su cometido.

—¡Al fin te despertaste, morcita! —declaró Saiana besando su mejilla. Morena, para evitar seguir recibiendo aire al hablar, acercó más su cara alargando la demostración de cariño.

—¿Y para mí no hay nada? —reclamó su madurito en broma. La pelirroja corrió la vista de la castaña, le dedicó una mirada cargada de devoción y apretó sus dedos para hacerle saber que él tenía todo de ella. No hizo falta más que lo dicho a través de sus ojos, con eso bastaba porque la transparencia, el amor y la eternidad que se vislumbraba en ellos era inmensa—. Lo sé, amor, lo sé —admitió antes de ponerse de pie y saborear esos labios sedientos de sus besos.

Mientras tanto, su amiga vertía agua en un vaso y para cuando Ulises se alejó, ella ya le colocaba la pajita en la boca para que pudiera sorber poco a poco luego de hacérselo saber. Morena agradeció el gesto, se sentía muy sedienta, su boca estaba pastosa.

Un rato más tarde ya se encontraba sentada en la cama hablando con lentitud, la realidad era que estaba inquieta, así había quedado después de que la enfermera pasara a verla acompañada de un sacaleche para que Fausto pudiera alimentarse de nuevo. El chancho acabó al instante con la cantidad que se sacó antes de la cesárea. Que la reciente mamá no pasara a verla y que no le llevara al bebé para que lo conociera, la tenía intranquila. Algo estaba mal, Ainara no cumplió con lo acordado. Le aterraba la sospecha de que las cosas entre ellas no volvieran a ser iguales. Si se animara a caminar saldría derecho hacia donde estaban para saber qué estaba pasando.

En otro piso de la clínica, en la habitación doscientos veintitrés del sector de pediatría, Joaquín, Sofía y Ainara observaban embobados al nuevo integrante de la familia, un hermoso niño de pelo castaño que pesaba tres kilos, ochocientos sesenta gramos, media cincuenta y siete centímetros y no dejaba de dormir. Si todos los análisis realizados salían bien, al otro día ya podrían irse a casa y eso a Sofía le encantaba porque ella no podía quedarse en las instalaciones con su hermanito, debía irse.

La rubia era consciente de que estaba actuando mal, de forma egoísta y que no cumplió con lo acordado con su amiga, pero sus ansias de tenerlo para ella sola la podían, no quería compartirlo con nadie y Morena ya lo había tenido varios meses en su vientre. Era tanto el tiempo esperado y las ganas con las que lo había deseado, que no podía creerlo.

—Gorda, tenemos que ir a verla, saber cómo está —pronunció él con tacto, no quería alterarla y por lo visto ese tema lo lograba—. Vamos a llevarle a nuestro hijo para que lo conozca —añadió con más precaución todavía. Ainara lo miró, lo vio como siempre lo hacía cuando algo la movilizaba muy en el interior, llena de pavor por lo desconocido. Asintió con la cabeza, aferró con protección a su retoño, se puso de pie y emprendió su camino, seguida por el resto de su familia.

Los cuatro ingresaron minutos más tarde al cuarto de la pelirroja tomando por sorpresa a todos los presentes, de los cuales ninguno aún conocía al recién nacido. Morena, al instante, dirigió su vista hacia su niña preferida: Sofía, quien ni bien vio que era el centro de atención de su tía corrió a su encuentro; por más que no lo dijera en voz alta, estaba un poco celosa de su hermanito. Los demás se acercaron a los recientes papás para felicitarlos y admirar al pequeño que dormía plácidamente entre los brazos de su madre. Ainara al notar que su amiga no la registraba ni a ella ni al bebé se sintió muy mal por haberla lastimado después del regalo que le había dado. Quería acercarse, hacerle saber cómo se sentía y explicarle el porqué de su accionar, pero no sabía cómo enfrentarla con tanta gente alrededor, cómo iniciar la conversación.

Morena ignoraba a su amiga de forma olímpica, estaba afligida, enojada y cuando sus



sentimientos eran esos podía ser toda una basura dándole a los demás en donde más les dolía. Esa coraza de hierro que salía a flote cuando la ofendían de alguna forma estaba más latente que nunca y de un segundo a otro podía explotar, la hora de visita se terminaba y eso quería decir que tranquilamente podría quedarse a solas con Ainara, la persona que menos quería ver en ese instante.

Saiana las observaba de reojo esperando la erupción, si no era una, sería la otra y bajo ninguna circunstancia las dejaría a sus anchas para que se arrancaran los ojos y más sabiendo que la rubia iba a ser la más dañada. Las conocía, y cuando Morena estaba en esa postura podía ser una auténtica víbora con la lengua más afilada que miles de cuchillos perforando tu cuerpo.

Ulises no quería irse, temía por la reacción de Morena al quedarse a solas con sus amigas, pero comprendía que debía hacerlo, aunque fuera por un rato. Se preocupaba por ella, estaba recién operada y no soportaba verla bajoneada.

Joaquín, a diferencia del otro, no veía la hora de salir de esa habitación, estaba incómodo y angustiado por su mujer. No entendía nada y todo lo que deseaba era poner a resguardo a sus hijos.

El ambiente se olía denso, cortante, electricado y todos en esa habitación, descartando a los menores, sabían por qué, pero ¿quién tiraría la primera piedra?

El momento de quedarse a solas llegó y así fue. Todos, menos ellas tres, abandonaron el cuarto. Ainara detenida a los pies de la cama. Morena recostada, abstraída en su teléfono celular y Saiana parada entre las dos sobre un costado de la cama observándolas.

—Podés irte, Ainara. No te necesito acá y tampoco quiero que acerques a tu hijo a mí. Lo único que pretendo es que no alejes a Sofía —decretó la pelirroja con firmeza e indiferencia. Saiana abrió los ojos con desmesura al oírla. Ainara se sintió fatal, la culpa la carcomía.

—No voy a ir a ningún lado hasta que escuches lo que tengo para decir.

—No me interesa nada de lo que tengas que decir. Te di lo que querías, cumplí con mi parte del arreglo y hasta acá llegamos. No voy a soportar que vos me ningunées —interrumpió Morena aún sin mirarla.

—Por favor, chicas. Haya paz —intercedió la castaña al ver cómo eso se les iba de las manos.

—Que se vaya por donde vino y ahí vamos a tener paz. Esta —aseguró despectivamente—, me usó y se cree que ahora puede desecharme como si fuera descartable. Se cree, como siempre, superior a nosotras, pero esta vez no se la dejo pasar. Sacala de acá antes de que llame a la enfermera para que la eche como la mierda que es.

—No hables de mí como si no estuviera porque estoy acá, parada frente a vos para disculparme y no me dejás hacerlo. ¿Te pusiste en algún momento en mi lugar? —preguntó Ainara con decisión.

—Morena, por favor, no somos adolescentes, comportate como la adulta que sos y respondé —exigió Saiana al ver cómo pretendía seguir ignorando a la otra. Morena miró a Ainara por primera vez desde que había ingresado, le clavó su mirada colmada de dolor sin reparos.

—Desde el primer momento me puse en tu lugar, por algo hice lo que hice. Me ofrecí a traer a tu hijo al mundo porque sabía cuánto lo deseabas y ¿sabes qué!? Me arrepiento, porque evidentemente ese accionar de mi parte está destruyendo nuestra hermandad —chilló la pelirroja en cólera—. Prometiste que estarías cuando despertara, que tendría a Fausto a mi lado y no cumpliste, es la primera vez que me defraudás, la primera y la última.

—¿Estaba celosa, Morena! Estuvo dentro de tu vientre durante nueve meses. Lo sentiste desde el día uno, experimentaste cosas que yo jamás voy a conseguir palpar. Creí que si acudía a vos al instante, él te reconocería más que a mí, que se prendería de tu pecho y se olvidaría que yo soy su

mamá. Lo quería solo para mí por un rato —retrucó la rubia exponiendo sus miedos y verdades.

—¡Dios, esto es un desastre! Se calman ya las dos —pidió Saiana como la buena mediadora que siempre era.

—¡No es mío, Ainara! Grabate eso en la cabeza. Soy su tía y nada más que eso. Ni siquiera hace falta que sepa que yo oficié de incubadora. No me importa que lo haga, vos te empeñaste en que él lo supiera, no yo. Lo único que quería era verlo y darle un beso, gracias a él pude saber lo que habría sentido si no me hubieran arrancado a mi hijo cuando era tan joven. Fausto llenó ese vacío que llevaba adentro, esa incertidumbre que me acompañaba desde esa vez. Él fue mi redención para con los errores que cometí en el pasado —confesó llorando.

Ainara se acercó y la abrazó con fuerza, le pidió perdón una y mil veces al oído. Saiana se sumó y las tres se consolaron como siempre lo habían hecho. Eran hermanas, amigas, familia y nada podía con ellas. Su cariño sobrepasaba cualquier barrera que el destino les pusiera. Esa discusión quedaría en el olvido, sería superada y ellas continuarían unidas hasta su último suspiro.

*Años más tarde...*

—No sé por qué la tía Morena no me trata igual que a todos ustedes —comentó Fausto decaído. Siempre sintió que ella tenía cierto reparo en el trato que le brindaba, totalmente diferente del dado a Fermín, Denise y Santino, los hijos de Saiana, y a Sofía, su propia hermana.

—Sí, lo noté un par de veces y me pareció raro —respondió Santino mientras masticaba parte de su hamburguesa.

—¡Loco, sos un asco! Dejé de hablar con la boca llena de comida —exclamó Denise poniendo cara de asco. Odiaba que su hermano hiciera eso.

—No me rompas las pelotas, boluda. Este está diciendo algo que es importante y vos saltás con esa idiotez —retrucó enojado.

—No empiecen —pidió Fermín entre dientes prestando atención a lo que decían. Él también lo había notado y sabía por dónde venía, gracias a una charla que oyó sin querer entre su madre y Ainara.

—No me digas que no tengo razón, Fer. Miralas —exclamó observando cómo una Sofía esbelta, madura, recién recibida de pediatra, interactuaba con una Morena mucho más adulta, sabia, que aún conservaba la belleza despampanante que la caracterizaba.

—Estás viendo fantasmas donde no los hay, no seas perseguido —finiquitó él tratando de hacerlo desistir y que no comenzara algo que no se podría parar.

—No, primo, no estoy perseguido. Cuando éramos chicos siempre los mimó más que a mí y no me refiero a lo material sino a las demostraciones. Cuando a ustedes los abrazaba mil veces, a mí solo una y como eso muchas acciones más. Pasa algo, lo presiento y quiero saber qué —determinó antes de ponerse de pie.

—Estoy de acuerdo con vos y sabés que te apoyo en todo —agregó Denise, secundándolo.

—Yo igual —acotó Santino, el más chico y terrible de todos, parándose a su lado.

—No sean payasos, van a armar quilombo al pedo —expuso Fermín tratando de hacerlos recular y fallando en el proceso, ya que para cuando terminó de hablar, los tres se dirigían hacia donde estaban los adultos charlando.

Sofía al estar de frente a ellos fue la primera en divisarlos y al ver la cara de su hermanito, como ella lo llamaba, supo que algo no estaba bien, sus ojos se lo transmitían.

A Fermín no le quedó otra que seguirlos y ponerse del lado de su primo, de su mejor amigo. Se había enterado de todo hacía unas semanas y guardar semejante secreto lo carcomía, pero no

podía hacer nada, no le correspondía y cuando se lo manifestó a su madre, ella enseguida lo frenó alegando que no era dueño de esa verdad escondida.

Morena, Ulises, Ainara, Joaquín, Saiana y Mateo se giraron a mirarlos al ver sus sombras. La rubia achichó los ojos detenidamente en su hijo, algo le sucedía, lo sentía en su corazón.

—¿Pasa algo, chicos? —inquirió Mateo un poco desconcertado. No era raro que se complotaran para hacer de las suyas, pero nunca lo demostraban y en ese instante la determinación bañaba cada uno de los rostros.

—Sí, estoy podrido y quiero saber por qué la tía More me desprecia —confesó Fausto con decisión y sin anestesia. La pelirroja se atragantó con la bebida que sorbía al oírlo, e inmediatamente redirigió su vista hacia Ainara que no sabía para dónde correr.

—¡Hijo! —exclamó la rubia—. No digas pavadas, tu tía te adora como a todos.

—¡Mentira! —chilló—. Dejen de mentir. No me quiere y siempre me dejó de lado. Quiero saber por qué, ahora —exigió sin una pizca de delicadeza, estaba furioso como nunca antes. Los demás guardaron silencio dándole lugar a ellas para que hablaran y de que una vez por todas les plantaran cara a los errores que ambas habían cometido en el pasado.

—Fausto, yo te amo tanto como a tus primos y hermana. Jamás me fuiste indiferente y si en algún momento lo hice fue sin quererlo. Te pido perdón —expresó Morena al ver que nadie iba a emitir sonido alguno para salvarlas de la incomodidad.

Ainara que permanecía con los ojos cerrados, maldecía interiormente, lo que estaba pasando era su culpa, solo de ella, por no solucionar las cosas en su debido instante.

—No, no sirve de nada que pidan perdón porque no están diciendo la verdad —soltó de golpe Fermín cansado del circo que se generaba alrededor de su primo.

—¡Vos cerrá la boca! —ordenó Saiana con firmeza.

En un santiamén todo se volvió un caos. Las discusiones cruzadas iban y venían de un lado a otro. Todas palabras sin sentido ni orden, sacadas de contexto, despatarradas. Los jóvenes se defendían entre ellos y atacaban a los adultos. Estos trataban de frenarlos y era imposible.

—¡SE CALLAN TODOS, YA! —aulló la rubia de repente, dejándolos helados con su reacción—. Quieren respuesta, yo se las doy, pero se sientan y escuchan sin interrumpir. Basta de gritos y discusiones, por favor.

La gran mesa del patio de la casa de Saiana y Mateo se colmó de personas ansiosas, molestas, esperando explicaciones. Sofía miraba a su padre, desorbitada, y él se encogía de hombros lamentándose. Sabía desde el minuto uno que esto podía suceder, por eso le recomendó a su esposa que hiciera terapia hasta que al fin aceptó y pudo derribar todos sus fantasmas, pero para cuando eso sucedió la relación con Morena ya estaba lacerada y eso indirectamente afectó la complicidad entre la pelirroja y su adorado hijo.

En la otra punta de la mesa Ulises abrazaba a su mujer, la protegía, sabía cómo todo ese embrollo la perjudicaba desde que se había negado a zanjarlo, hablando con quien consideraba su hermana. Miles de veces se lo advirtió, no era sano que se mantuviera siempre a la defensiva o alejándose de quien había madurado en su vientre. En ocasiones era aplastante ver cómo él, siendo tan solo un niño, siempre la buscaba y ella para evitarle un mal momento a su madre se apartaba sin demostrar sus sentimientos como quería. Morena sabía que no estaba bien su forma de actuar, pero ante todo preservaba la felicidad de su amiga y su familia. Amaba a todos sus sobrinos, pero su boxeador, como lo llamaba en la intimidad de su vida, era su debilidad. Lo vio crecer siempre con recaudo, pero con inmenso orgullo y cómo le costaba no estarle encima más tiempo, pero temía que su interés fuera mal interpretado y trajera más problemas. Con todos los hoy adolescentes de la familia, fue atenta, cariñosa, cómplice, siempre les cumplió todos los

caprichos que estuvieron a su alcance y trató de compartir con ellos cada instante importante de su vida, no solía hacer diferencias salvo en el caso de Fausto y nunca eran porque realmente las quisiera hacer.

Saiana reposaba sobre la falda de un Mateo que acogotaba a sus hijos con la mirada, sobre todo a Fermín que había arrojado la punta del hilo para que la madeja comenzara a desatarse. En cambio, su mujer, reprimía un grito de orgullo porque su hijo hacía lo correcto y había abierto la puerta para que de una vez por todas esto se solucionara y esa nube oscura que los perseguía se disipara.

—No es un secreto que Fausto llegó a este mundo mediante un alquiler de vientre, porque yo no pude quedar embarazada. En cambio, sí fue un tabú quien lo hizo, quien nos dio este magnífico regalo que hoy pelea por lo que quiere saber y por lo justo —expuso mirándolo con eterna ternura—. Para llegar a eso y poder resolver todo este despirole tengo que empezar por ahí —agregó respirando hondo—, porque la tía Morena fue quien hizo realidad nuestro sueño —finiquitó con los ojos llenos de lágrimas, fue tan grande el alivio que sintió al decirlo que se le aflojaron las piernas y ahí estaba su familia para sostenerla y no dejarla caer.

Todos se sumieron en un silencio reflexivo procesando lo revelado. Morena observó a su amiga con desconcierto, ni por asomo se imaginaba que iba a confesarles lo que guardaba con tanto recelo desde que Fausto nació.

—Por eso tenés una cicatriz en la panza —evaluó Denise en voz alta—. Desde que la vi por casualidad estuve tentada de preguntar, pero no me animaba por miedo a meter la pata —expresó con su característico desparpajo de adolescente.

—Sí, Den, mi marca es por eso. Jamás la escondí porque no tengo nada que ocultar ni me avergüenza, porque llevar a este boxeador dentro fue un maravilloso regalo que me dio esta vida. Lo hice con todo el amor de mi alma para tus tíos —reveló la pelirroja sin dejar de ver a aquel niño que la llenaba de orgullo.

Fausto, ese joven de ojos color cielo y cabello rubio, lleno de buenas cualidades y parecido a sus padres no entendía nada. Su mente no podía procesar todo lo que oía. Jamás había preguntado por la mujer que lo cobijó durante nueve meses, no lo necesitaba, así como nunca se imaginó que esa persona podía ser su tía.

—No entiendo —manifestó de repente—, si fuiste mi incubadora, me diste un apodo y me trajiste a este mundo con tanto cariño, ¿por qué el rechazo?

—Yo no te rechazo, Fausto. Solo debía mantenerme alejada por el bien de todos.

—Sí, lo hacés —reafirmó empleando un tono áspero—, no me tratás como a mi hermana; por cierto, con vos voy a tener una linda charla después —anexó, señalándola con el dedo. Sofia solo asintió con la cabeza muerta de vergüenza.

—Cuidá el tonito, hijo —ordenó Joaquín con dureza.

—Si tu tía se comporta diferente para con vos es por mi culpa. Cuando te tuve en mis brazos, rompí, por primera vez desde que nos hicimos amigas, una promesa que había hecho a lo largo del embarazo. Yo le juré que cuando ella se despertara de la anestesia estaríamos a su lado y que sería una de las primeras en cargarte y amamantarte, no lo cumplí. Mandé a una enfermera para que recolectara la leche y me recliné hasta que tu padre me convenció de llevarte hacia donde estaban, para cuando hicimos eso ya era tarde. Los celos me cegaron, hijo, estaba mal y fui tan idiota que creí que vos la reconocerías a ella como madre y no a mí.

—En todo caso fue culpa de las dos —reconoció la pelirroja tomándolos por sorpresa a todos—. Yo le dije ese día a tu madre que no hacía falta que te dijera que había sido yo. La realidad es que somos seres humanos y cometemos errores, quizás este fue uno de los más grandes porque te

mentimos y en medio de nuestra idiotez vos pagaste los platos rotos. Si me mantuve alejada fue para no molestar, para no hacerla sufrir, pero siempre estuve en las sombras. Tu hermana me mantuvo al tanto de cada logro, de cada caída y siempre me preocupé por vos porque te adoro como a todos mis sobrinos. Si no lo demostré fue por respeto —finalizó con sinceridad sintiendo cómo el nudo del pecho que la acompañaba constantemente la iba abandonando.

—¡Se pasaron de la raya! —añadió Santino riendo—. Ustedes los adultos siempre complican todo. —Mateo y Saiana negaron con la cabeza, su pequeño contaba con un desparpajo que más de una vez los había hecho quedar mal.

—¿Por qué me llamaste boxeador? —quiso saber el afectado. Morena pestañeó con pereza al escucharlo, no se imaginaba que después de todo lo dicho él preguntara por ese simple detalle. En la otra punta de la mesa Ainara miraba a su hijo colmada de incertidumbre, que no bramara como acostumbraba cuando algo lo ofendía, la preocupaba.

—Te llamé así durante todo el embarazo porque no parabas ni un instante. Braceabas y pateabas a toda hora, eso sí, te calmabas cuando escuchabas la voz de tus padres y hermana. En uno de sus viajes, este señor —dijo acariciando con devoción el rostro de Ulises—, me trajo unos auriculares para la panza y ellos grabaron canciones, frases y demás para que vayas reconociéndolos. Nos funcionó muy bien y al fin por algunos lapsos de tiempo me dejabas en paz —rememoró con cariño y añoranza por lo vivido.

Todos escuchaban anonadados lo que decían. Las horas pasaron en un abrir y cerrar de ojos mientras las anécdotas llovían de los labios de los adultos. El sol se escondió dándole todo el protagonismo a la luna y con eso la hora de la cena llegó. Sin quererlo, de repente las tres amigas se juntaron en aquella cocina que tantas alegrías albergaba e inevitablemente el destino las obligó a mantener esa charla relegada.

—Se dieron cuenta que comportarse como niñas no nos favoreció en nada, ¿no? —entonó Saiana malhumorada. Era raro verla con ese humor, pocas veces se enojaba, nunca tenía motivos para hacerlo. Era feliz, absolutamente dichosa y sus retoños, luego de pasar la etapa de los berrinches y revuelos, se convirtieron en unos niños entrañables.

Las otras dos la observaron con asombro por el tono empleado. Sabían que era hora de finiquitar con las asperezas del pasado porque eso no las llevaba a ningún lado, en algún punto era como si se hubieran quedado estancadas en lo sucedido. Les costaba avanzar a pesar de haber continuado con sus caminos como si nada.

—Sí, Sai, me di cuenta, pero ¿qué querías que hiciera? —interpeló Morena sin esperar a que respondiera—. Traté de hacer mi papel lo mejor que pude, sabés muy bien que estoy lejos de ser perfecta, eso es lo suyo —adjuntó señalándolas con las manos—. ¿Te creés que me fui de viaje tantas veces porque así lo deseaba? No, amiga, no era así, pero no me quedaba otra. No voy a decirte que no disfruté, porque estaría mintiendo y odio hacerlo, pero más de una vez quise quedarme con ustedes y compartir todo lo que sucedía cuando no estaba.

—No hacía falta que te alejaras, nunca quise eso —añadió Ainara pacífica.

—No lo parecía —la cortó con tono contundente—, tu actitud era diferente cuando yo no estaba revoloteando por ahí —finiquitó.

—Lamento informarte que no era así. Quise acercarme y hablarte de cómo me sentía, pero me era imposible, no me dejabas entrar. Odié siempre que marcaras una distancia con mi hijo, me dolía, Morena, y más cuando veía que él se daba cuenta.

—Si realmente querías hablarlo lo hubieras intentado con más fuerza. Hice lo que creí adecuado para todos, en especial para vos y tus celos de mierda.

—No soy de piedra, Morena, no lo soy. También meto la pata de vez en cuando y vos tampoco

ayudás mucho cuando te involucrés en esa burbuja de indiferencia —contraatacó elevando el tono usado.

—¡Dios! No comiencen de nuevo —rezongó la castaña con cansancio. Iban a terminar por volverla loca—. Ya pasamos por esto hace años y no les voy a permitir que vuelva a suceder, sus pelotudeces van a lograr que esta familia se destruya. Lastimaron a Fausto por no ser lo suficiente maduras para algo tan simple como hablar. Él con las reacciones de hace un rato demostró ser más adulto que ustedes dos —manifestó caminando de un lado a otro, le ponían los nervios a mil.

Silencio, solo tenso y desgarrador silencio abarcaba la estancia.

—Creo que en aquella época deberíamos haber hecho todo de otra forma. No estaba preparada para afrontar la maraña de sentimientos y contradicciones que me asaltaron, no fue hasta unos años después, con ayuda de mi terapeuta, que comprendí que mi accionar no había estado bien, que mis celos eran solo un sistema de defensa para mi corazón porque vos lograste algo que yo jamás tendría y eso sin quererlo me afectaba. Te amo, amiga, pero te envidiaba, porque sos magnífica en todo lo que te proponés y mi autoestima no ayudaba en nada. Ahora eso está superado porque aprendí a amarme a mí misma tal cual soy, entendí que soy lo que quiero ser y que quien quiera amarme lo hará enfrentando mis virtudes y defectos —admitió con una incipiente sonrisa dibujada en su rostro que denotaba verdad.

—Si tan solo hubieras hablado conmigo en ese instante —adicionó cabizbaja—, quizás nos habríamos ahorrado muchos tragos amargos por pasar, pero reconozco que también en parte soy culpable porque me cerré en mí misma y no te permití entrar. No sé qué nos sucedió, solo quiero que no vuelva a pasar. Lo perdido no se recupera y con todo aclarado podemos volver a ser las compinches de siempre y dejarnos de boludeces —reconoció Morena con los ojos repletos de lágrimas.

—Buenooooo, ya era hora. Al fin maduraron, taradas —acotó Saiana con alegría—. Ahora pongamos manos a la obra y hagamos las ensaladas antes de que la tropa estalle en gritos porque tienen hambre.

La pelirroja y la rubia sonrieron y sellaron la paz con un abrazo renovador dejando en el olvido esa discusión que tanto daño les había causado. Saiana se sumó y luego de eso las tres continuaron con sus tareas riendo, compartiendo el cariño escondido que tenían para la otra.

Estas tres amigas limaron esa noche sus diferencias y todo volvió a ser como en los viejos tiempos. Aprendieron que cuando las cosas no se expresan, lastiman y destruyen, que todo tiene arreglo si las partes implicadas así lo desean; entendieron que hablando se llega a buen puerto. Descubrieron que los jóvenes tienen mucho para enseñar y que ellos como adultos siempre pueden aprender algo nuevo, que de los errores uno gana sabiduría, que el perdón es fundamental para sentirse aliviado y en paz con uno mismo. Ese día obtuvieron una lección y se prometieron a sí mismas no caer en viejos hábitos nunca más.

## Agradecimientos

Desde lo más profundo de mi corazón les agradezco a todos por seguirme una vez más. Plasmar historias para que ustedes las vivan, disfruten y se entretengan es una gran satisfacción. Me hace muy feliz.

A mis tres hombres, Alexis, Tobías y Benicio, por apoyarme día a día, sin ustedes nada de esto sería posible. A mi vieja, mi ángel de la guarda, que siempre me cuida. Los amo con cada célula de mi ser.

A mis amigas: Julieta Arce, Débora Roldán, Gisela Rojas, Laura Giuglietti, Laura Barrios y Denise Mihovilovic, por ser siempre un sostén, por compartir conmigo risas y lágrimas, por ser un hombro donde apoyarme cuando voy a caer.

A Ali China Vallejos y Cristina Gómez de Schivo: dos lectoras amorosas, fieles, dulces, que me abrazan con mucha fuerza cada vez que me ven.

A mis Sras. Garnett, que a pesar de la distancia y mis ausencias siempre me reciben con una sonrisa y alegría, haciéndome sentir en casa.

A mis colegas de letras, perdón si no las nombro a todas, temo olvidarme de alguna. A mis chicas de Romántica - Novelas con corazón, por aconsejarme y seguirme en tantas actividades.

A mi querida Natalia Libros, que siempre me alienta a seguir y seguir, y que es quien confió en mí para agrandar esta maravillosa familia literaria que tenemos. A mis chicas de Librománticas - Delivery Romántico, por ser parte de este proyecto, tener sus títulos en mi ciudad era una meta pendiente.

A mis chicas superpoderosas: Emma Sheridan, que es quien corrige mis manuscritos y los deja impecables. Victoria Aihar que en esta ocasión diseñó la portada de estas historias, portada de la que me enamoré a primera vista porque es perfecta. Marisa Citeroni, quien, además de ser mi compañera en Librománticas, es quien se encargó de la diagramación y logró colmar las páginas de amor. ¡Las quiero!

Por último, y no porque seas menos importante, gracias infinitas a vos que estás ahí leyendo esto, porque eso quiere decir que una vez más apostaste por mí, y eso me llena el corazón de amor. Mi voz no se escucharía tan alta sin tu apoyo.

Nos volveremos a encontrar muy pronto. Mi recorrido no termina acá.

Los abrazo con fuerza.

**Yamila.**

## Biografía

**Y**amila Bianqueri nació en la Ciudad de Mar del Plata en el año 1990 y creció en Comandante Nicanor Otamendi un pueblo del Partido de General Alvarado, Provincia de Buenos Aires. Trabaja de encargada en un edificio y disfruta de sus hijos el resto del día; estudia y baila folclore. Una lectora compulsiva que escribe en sus ratos libres, cuando los tiene, y de vez en cuando se obsesiona con alguna serie televisiva. Quienes la conocen la pintan como una mujer inquieta, apasionada, rebelde, que sonríe con la mirada y hasta en algunos casos divertida. Ella asegura que no es un ser sociable pero los que realmente la perciben, saben que no es así. Buena amiga, oyente y partidaria de que un buen consejo siempre debe ser recibido con atención y predisposición.

En el año 2017 participó de la 13° Feria del Libro Mar del Plata Puerto de lectura junto a: Di.Vi.NA, Adriana Gualtieri y Mirta Fachini.

En 2018 estuvo presente como invitada en el VI Septiembre Romántico y Rioplatense, encuentro que se celebra en Capital Federal, organizado por: Victoria Aihar, Estela Escudero, Marta Argüello, Mimi Romanz y María Laura Gambero.

Administradora del grupo de escritoras Románticas - Novelas con corazón.

Es una de las encargadas de Librománticas - Delivery Romántico, distribuidora que actúa como puente entre los autores independientes y los lectores.

Es la autora de:

“TU MIRADA ME ATRAPÓ” (2017 papel por Librománticas y digital por Amazon. 2018 papel por *Love Kiss* México. 2019 papel por Ediciones Textualmente Activas Chile).

“CUMPLIENDO UN SUEÑO” (2017, digital por Amazon y 2019 papel por Librománticas – Delivery Romántico).

“DICIEMBRE EN EL FIN DEL MUNDO” (2017, por Wattpad y 2018 digital por Amazon).

“TÚ ME ROBASTE EL CORAZÓN” (2018 por Wattpad y Amazon)

“UN VIAJE EN FAMILIA” relato sobre Tu mirada me atrapó (2018 digital por Amazon).

“EL FUTURO DE MEL” relato sobre Cumpliendo un sueño (2018 digital Amazon. Incluido en ejemplar papel).

“TRIPLE SEC DE PASIÓN” Antología erótica multiautor “UN CÓCTEL PARA RECORDAR” (2018 papel y 2019 digital por Amazon).

“ERES MI CIELO” (2019, digital por Amazon).

“DOCE COMPASES DE AMOR” Antología multiautor Librománticas “HISTORIAS DE AMOR EN MI BIBLIOTECA” (2019 papel por Librománticas - Delivery Romántico).



Así como estas historias, vendrán muchas más. Actualmente trabaja en las correcciones de su próxima novela: “DESATA MIS CADENAS”.

---

[1] Tema de Linda Perry: What's Up, interpretado por Four Non Blondes en 1993.

[2] Tema compuesto por Steve Mac, Wayne Hector y Rudy Pérez y lanzado en el año 2005 .

[3] What Am I To You, tema de la autora Norah Jones, publicado en 2009.